La Chaco

Juan Solá

HOJAS DEL SUR

Contenido

Créditos editoriales
Prólogo
GUSANO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
CRISÁLIDA
18
19
20
21
22
23
24
MARIPOSA
25
26
27
28
29
30

31
32
33

Créditos editoriales

Solá, Juan
La Chaco / Juan Solá ; editado por Paola Adler. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hojas del Sur, 2016.
E-Book.
ISBN 978-987-1882-56-4
1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Adler, Paola, ed. II. Título.
CDD A863

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o trasmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 2011, Hojas del Sur S.A.
Albarellos 3016, Buenos Aires–Argentina
www.hojasdelsur.com

HOJAS DEL SUR
www.hojasdelsur.com

Publicado por **Hojas del Sur**
Conversión digital: **Mauricio Diaz**

Para Jorge, que conoció a las pibas primero.

Prólogo

POR SUSY SHOCK

¡Cuántas palabras deberán ser escritas, dichas, divulgadas,
sobre el mundo de las que nos rebelamos a la naturaleza
y creamos alas de las espinas!
¡Cuántas!
para contrarrestar la violenta ignorancia
desde donde hablan y castigan nuestros cuerpos
por no ser como ellos.
Porque no somos peores ni mejores,
somos otras,
así,
con A mayúscula de sentirnos travas,
aunque la hegemonía nos insista,
patologizante,
en ser cuerpos equivocados
y hasta nosotras,
muchas veces,
les creamos el relato,
amenazante,
ajeno a nuestras desdichas
y a nuestras gozosas algarabías de ser.
Por eso, insisto,
muchas palabras deberán ser escritas,
a solas,
en nombre propio,
en ronda,
en complicidad marica,
en voz alta,
de todas las maneras,
¡por fin!
Y si son con la belleza doliente con la que abraza el trazo de Juan Solá,
¡mejor!,
¡mejor!

porque a la par dejaremos de ser crónica policial
para ser
¡poesía!

GUSANO

“Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se peinan, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.”

JULIO CORTÁZAR

1

El sábado terminó siendo una noche brava. A la tarde había llovido un poco y la calle estaba quieta, no podría haber imaginado todo lo que pasó después.

Cerca de las once y media llegué a San José y Carina ya estaba ahí hacía un rato, medio ida, medio borracha. Tenía una amiga, enfermera, la loca, que laburaba en el Santojanni y le pasaba clona. No habíamos tenido noticias en dos semanas, pero a la Lucy le dijeron que había caído por una contravención y las cosas se complicaron por los antecedentes.

Ahí, ninguna era trigo limpio. A algunas las agarraban, a otras no, esa era la diferencia. Yo venía zafando porque no me metía nada y a la hora de rajar, sin tacos, no había cana gordo que me alcance. Estar limpia era una ventaja con la policía, pero no con los tipos.

—¡Apareciste, mamita! —le grité ni bien la vi.

Se dio vuelta y tardó un rato en enfocar la mirada. Cuando me reconoció, levantó los brazos a lo Susana Giménez recibiendo a Darín en el living del primer programa del año.

—¡Chaquito, mi vida, mi amor! —exclamó Carina y me abrazó fuerte.

—¡Estás desnudo, puto! —le dije.

Carina había sido siempre menudita y la merca terminó de hacerla mierda. Tenía unas tetas grandes que la encorvaban y una cinturita divina que había vuelto loco a más de un tipo.

—¿Viste? Las medias son nuevas.

—¿Dónde estuviste? —le pregunté, sonriendo.

—Ah, ¿no te enteraste? Presa, querida.

Fingí sorpresa, pero luego pregunté con pena honesta:

—¿Te pegaron mucho?

—Pero también me cogieron, así que se compensa —contestó ella rápidamente y me mostró una sonrisa de dientes grandes y encías un poco oscurecidas.

Carina siempre se reía cuando estaba triste.

Doce y un minuto, Hiedra apareció doblando la esquina en Salta. Hiedra me gustaba. Era elegante, envuelta en su vulgaridad de telas de segunda, cosidas entre mate y mate. Hacía poco más de un año se había puesto su piecita de costura y había comenzado a hacer laburos para talleristas del Once. Venía a vernos sólo cuando necesitaba plata o drogas, aunque últimamente la veíamos muy seguido.

—¡Medianoche, Cenicienta! —exclamó Carina.

Con los brazos en jarra, Hiedra desfiló para nosotras y yo me reí.

—¿No te pagó el judío?

Hiedra se prendió un cigarrillo. Retuvo el humo un rato, inclinó la cabeza hacia atrás, como una actriz de Hollywood, y lo dejó escapar.

—No —respondió, suavemente—. Me contaron que estuviste presa.

—Ay, sí. Pero no hablemos de eso —interrumpí, advirtiendo la cara de compromiso de Carina. Supuse que ya no se aguantaría otra sonrisa fingida, supuse que no se le había ocurrido ninguna respuesta aguda.

—Estás linda, Chaco —me dijo Hiedra—. Más delicadita.

Era cierto, por eso dije gracias. El tratamiento venía perfecto. Mis muslos habían crecido y mi cuello delgado sostenía una cabecita chiquita, como de pajarito, con los pómulos altos y la nariz finita.

El patrullero dobló en Salta y trepó por la calle hasta detenerse frente a nosotras. Desde afuera se notaba que eran dos, no pude reconocer a ninguno.

—La puta que los parió —dijo Carina.

Uno de los oficiales bajó del auto.

Lo primero que le miro a un hombre es la cintura, para saber si está armado. Este estaba.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, oficial.

—¿Documentos?

Abrí mi cartera y revolví desesperada, pensando cómo sacarme los tacos sin que el cana lo notara. Encontré la cédula y se la pasé.

—Sosa, Sergio David —dijo en voz alta, y se rio.

2

—Sosa, Sergio David.

—Presente.

—¿Quién es Sosa?

—La chica que está sentada allá, señora —dijo Castro y me señaló. Todos comenzaron a reír y el corazón se me aceleró como cada vez que la clase entera me miraba.

La mujer no le prestó atención y me observó, severa.

—¿Vos sos Sosa, Sergio David?

Dudé. No estaba seguro. No me gustaba mucho ser Sosa, Sergio David. No con esta voz suavecita. No con ese Castro ahí, señalándome.

—Sí, señora —dije, despacito.

—Sosa, vos me debés un trabajo práctico.

—Sí, señora.

—¿Y qué pasa que no lo entregás, Sosa?

—Tuve un problema, señora.

Escuché que Castro murmuraba algo, pero no entendí. Todos a su alrededor se rieron. Creo que dijo que me había venido la menstruación, porque Gonzalo le dijo a mi amiga Romi que me preste una toallita.

—¿Qué problema tuviste, a ver? —preguntó la profesora y yo bajé la cabeza y miré fijo el suelo como hacía cada vez que tenía un problema que no le podía contar a nadie.

3

Solía pasar largas horas mirándome al espejo. Me acariciaba el rostro y el cuello, me pasaba los dedos por los labios, me rozaba los pezones y, despacito, iba bajando por el vientre hasta encontrarme con *eso.*

“Ya se va a caer”, pensaba, mirándome el pene.

Mis compañeros de clase me decían mujercita y aquello me entusiasmaba.

Nenita, nenita, cantaban, pero no alcanzaba para que la maestra me diera permiso de ir al baño con las otras nenas, o para evitar la tormenta de puños que dos o tres veces por semana me alcanzaba a la salida de la escuela. A las nenas no se les pega, había dicho la señorita una vez, pero se ve que yo era parte de un grupo de nenas a las que sí se les podía pegar.

¡Pateá como hombre!, me gritaba el profesor de educación física y todos se reían de mis movimientos demasiado frágiles. No era buena en fútbol, lo reconozco, pero si tan solo me hubieran dado la oportunidad de demostrarles lo regia que era patinando, tal vez hasta hubieran sentido orgullo de mí.

Una mañana de domingo, desnuda frente al espejo, osé esconderme el pene entre los muslos y ponerme la bata de seda de mamá. Qué bonita me quedaba.

No recuerdo muy bien qué pasó después.

Ellos estaban en misa, pero habían llegado antes. Papá entró al dormitorio y me sorprendió jugando. Apretó los dientes, se arrojó sobre mí y los puños de los chicos de la escuela ya no eran tan poderosos comparados con los suyos.

Sentada en la ducha, llorando, veía la sangre y el agua tibia arremolinándose en el desagüe. Las chicas de la escuela decían que la primera vez que sangrás duele, pero nunca me imaginé que tanto.

4

—Benítez, Duilio Antonio —dijo el cana, leyendo el documento de Carina.

El otro tomaba nota y hacía consultas, no sé si por radio o por teléfono.

—¿Y cómo te dicen los muchachos, Benítez? Porque Duilio no es nombre de travesti.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hiedra, parándose delante de Carina y clavándole esos ojos rasgados y severos.

Él no dijo una sola palabra. Como una bala, el puño fue a estrellarse en el maquillaje de mi amiga y la tumbó contra la pared. Yo di un paso atrás, asustada. Carina pegó un grito agudo y el oficial se le fue encima.

—Benítez se va con nosotros, Quintana —sentenció el otro desde el patrullero.

—¡No! —exclamó Carina, acercándose a la pared—. ¡Yo no voy a ningún lado, hijo de puta! ¡No hice nada!

El segundo oficial bajó del auto apretando los dientes como los apretaba mi viejo y entonces supe que no iba a pasarnos nada bueno.

Quintana agarró a Carina del cuello y le partió la cabeza contra la pared. El vodka barato y las pastillas explotaron cuando su cerebro se estrelló en el cemento y no pude evitar acordarme de Galaxia.

—¡Soltala, hijo de puta! —me animé a gritar, y el cana del patrullero se me vino encima, cachiporra en mano. En la oscuridad, sus ojos negros brillaban como carbones encendidos.

Un solo golpe certero me tiró de los tacos. Caí de lado y atiné a levantar un brazo para parar otro porrazo.

Hiedra quiso incorporarse y Quintana le dijo quedate quieto puto, quedate quieto o te mato.

—¿Qué mierda les pasa? —gritó Hiedra con la voz ronca quebrada y los ojos llenos de lágrimas.

Quintana tomó impulso y largó una patada. Los labios de Hiedra se llenaron de sangre y tierra y la calle quedó en silencio.

Nos esposaron a las tres. No me resistí. Sabía que tarde o temprano iba a pasarme.

No dejé que se me escape ni una sola lágrima. No porque no estuvieran esperando ahí, en el borde de los ojos. Pero no quería darles el gusto de llorar. Esta vez, no. Sosa, Sergio David ya había llorado demasiado.

5

El micro se detuvo en la plataforma 47 y la gente comenzó a levantarse de los asientos, apurada. Retiro era un hormiguero de rostros agrios.

Sergio agarró el bolso y bajó del coche. Atravesó la estación con la sonrisa inocente del provinciano recién llegado y salió a la avenida ancha, llena de autos y hombres corriendo.

Buenos Aires le daba un poco de miedo, pero sabía que ahí las cosas eran mucho más fáciles que en Chaco. Las chicas que volvían de visita después de uno o dos años siempre comentaban lo bien que la estaban pasando, lo grandes que eran los departamentos donde vivían, lo buenos que estaban los policías, lo fácil que era hacer plata.

Muerto de hambre como estaba, compró chipá en la puerta de la estación de trenes y preguntó cómo usar el subte. La Lucy le había dicho que de Retiro a Constitución eran, como mucho, quince minutos. Tenía la dirección anotada a las apuradas en una caja de cigarrillos y la leyó un par de veces más, aunque la supiera de memoria.

—Allá sos anónima —le había dicho la Lucy, cebándole un mate bien dulce.

La había visto por última vez en julio, cuando ella había viajado para la fiesta de quince de la hija de una amiga. La Lucy era correntina y se habían conocido hacía muchos años en el que, por aquel entonces, era el único boliche de putos del nordeste. Bailaron juntos en la comparsa seis veranos seguidos.

—¿Y qué te vas a quedar haciendo en Resi, me querés decir? Acá no pasa nada, Sergio.

—Ximena.

—Si querés que te diga Ximena, dejate el pelo largo aunque sea, puto. Si no vas a seguir siendo Sergio.

Sergio estaba convencido de que no necesitaba tener el pelo largo para llamarse Ximena. Ni el pelo largo, ni tetas, ni vagina. Pero la Lucy era difícil de convencer. Para ella había sido todo relativamente fácil.

—¿A qué me voy a ir allá? —preguntó, y le devolvió el mate.

—¿A qué te vas a quedar acá, mamita? ¿A que don Sosa te rompa un hueso uno de estos días? ¡Rajá!

—Mi viejo está postrado.

—¡Aleluya!

—No seas hija de puta —le pidió Sergio—. Está muy mal.

Cuando su madre murió, Sergio y su padre tuvieron que encontrarse cara a cara. Lejos de unirlos, la partida de Carmen dejó una grieta tan profunda como la

pena de don Sosa. De un lado de la grieta estaba él y del otro lado, su hijo. Su hijo, el más chico. Su hijo, el puto.

De los problemas de Sergio no se hablaba. Don Sosa no quería saber nada, no le interesaba. Ya demasiado vergonzante le parecía seguir viviendo en el mismo barrio en el que José Miño contó que había visto al hijo de Sosa bajando de un remís vestido de mujer.

6

Le costó un poco encontrar el edificio. Tuvo que caminar varias cuadras, ida y vuelta, buscando la calle. El departamento de la Lucy estaba sobre Solís.

Cuando llegó al palier, se asomó al portero eléctrico y espió la hilera de botones. Noveno cuarenta y ocho, buscaba, cuando la puerta de calle se abrió y el encargado del edificio, barrigón y malhumorado, salió arrastrando una manguera.

—Buen día —dijo Sergio, pero el tipo no le respondió el saludo. Sin embargo, lo interrogó.

—¿A quién buscás?

—A la Lucy.

—¿Al del noveno? Noveno cuarenta y siete.

—Cuarenta y ocho.

—¿Y si sabés para qué preguntás, pibe?

La Lucy le avisó que subiera, que estaba abierto, y ahí nomás se zambulló en el ascensor, que parecía una jaulita, un calabozo de alcaidía.

El edificio era bien viejo, abandonado a más no poder. La Lucy había dicho que el hall era de estilo francés, pero a decir verdad, se parecía más a una recepción de registro civil de pueblo.

La pobreza honrada de la Lucy lo conmovía. Ella se había ido de Corrientes porque quiso. El padre había muerto cuando tenía ocho y la habían criado entre la madre y la abuela. La Lucy solía contar que doña Esther la hacía ponerle los ruleros y jugaban a la peluquería, que verla por primera vez de vestido no les pareció para nada extraño.

La Lucy era pobre porque hay que empezar de abajo y no deberle nada a nadie, decía, pero en su desdicha de pensión había noches de acostarse sin comer para pagar el alquiler.

Nadie te da trabajo si sos trava.

7

—No queda otra que salir a la calle —dijo Hiedra.

—¿A la calle?

—Pero no a laburar. ¡A protestar! Alguien tiene que hacer algo.

Levanté la cabeza y la miré un rato largo. Tenía razón. ¡Si la vergüenza la tienen los demás, no nosotras! ¿Por qué deberíamos aceptar la vida que ellos quieren para nosotras por no tolerar nuestra existencia?

—¿No era que no ibas a las marchas porque no te gustaba lo de los estereotipos y bla bla bla? —interrumpió Carina, lagrimeando furiosa—. ¿Y ahora me venís a decir que vamos a salir a marchar? ¿Para qué? ¿Para que en mi documento diga Carina en vez de Duilio Antonio? ¿No ves el pedazo de carne que me cuelga acá, mamita?

—Si a vos la pija no te deja ser mujer, problema tuyo —dijo Hiedra—. A mí los que no me dejan ser mujer son estos brutos.

—No me jodas, Hiedra.

—Tiene razón —interrumpí—. Yo no tengo tetas, ¿y qué? Ese gordo que nos agarró tiene más tetas que yo, ¿y cuál es? ¿O acaso me vas a decir que el cana ese no es macho porque tiene tetas y no tiene barba?

—¡Callate la boca, puto! —gritó el oficial desde el escritorio.

A nosotras nos habían sentado en un banco largo del pasillo, esposadas. La comisaría estaba vacía, se ve que los muchachos estaban aburridos.

Yo estaba muerta de miedo. Era mi primera vez y estaba limpia. Según Galaxia, cuando es así te dejan ir. Pero yo tenía miedo de todas formas. Las historias de las travestis en las comisarías siempre me asustaron más que el aceite de avión que se inyectan en las tetas.

Una peruana que hacía San José los fines de semana, Lizbeth creo que se llamaba, contó que una vez un cana borracho la meó y la cagó tanto a trompadas que le bajó dos dientes. Por trava, por peruana, por negra, no sabía. Suponíamos que por trava, claro.

No hay nada peor que ser trava.

8

—¡Ay, puto, no puedo creerlo! ¡Llegaste!

—¡Llegué! —dijo Sergio, soltando el bolso y abrazándola.

La Lucy lo estrujó con fuerza y le plantó un beso en la boca.

—Pará, camionera —bromeó él, zafándose.

La casa donde vivía la Lucy era el vivo reflejo de quien no le debe nada a nadie: los muebles eran viejos, las sillas estaban desvencijadas y la mesita de madera del comedor temblaba debajo de un mantel raído de lona amarilla.

La Lucy había agarrado la calle después de probar suerte en varios trabajos serios. Una librería, una mercería, una peluquería. Había tenido la suerte que ninguna de las otras había experimentado hasta el momento, probablemente gracias al secundario completo y una carrera de Administración abandonada por la mitad después de que un docente se negara a recibirle un trabajo firmado como Lucía Quiroga.

—Usted no es Lucía Quiroga —le había dicho el cínico.

—Y usted no es profesor de nada —respondió la Lucy, azotando la carpeta contra el suelo.

Siempre cuenta que cuando salía del aula, una mariquita le gritó que quería ser como ella, aplaudiéndola. Sonríe un segundito cuando repite esa parte de la historia y después la boca se le pone rígida, traga saliva y mira para otro lado, como disimulando una pena. Al fin y al cabo, nunca supo si la marica terminó siendo trava o no. Ese día dejó la facultad para siempre.

Las travas no estudian.

—¿Estás nerviosa, mamita?

—Más o menos —respondió Sergio, subiendo el bolso a un sillón cubierto con una sábana agujereada.

—¿Y don Sosa?

—Más cerca del arpa que de la guitarra.

—¡Qué pena! —exclamó la Lucy, exagerando la ironía—. Digamos que ahora sos una chica libre.

Sergio se rio con el comentario. Libre era una forma demasiado amable de describir su situación. Porque era libre, sí, pero travesti –o casi, ¿cuál era el límite?–, oxímoron maquillado con productos de catálogo, hombre disfrazado de mujer, jamás mujer con pene.

Le hubiese gustado haber tenido la suerte de la Lucy, una familia feliz, una casa en la que se sintiera a salvo cuando era chico. Aunque no quisiera reconocerlo, un poco la envidiaba. Pero también la compadecía. Compadecía esa

necesidad absurda que tenía ella de querer valerse por sí misma, de querer demostrarle Dios sabe a quién que ser travesti no le iba a impedir convertirse en una exitosa empresaria.

Le había prohibido a la madre enviarle dinero, víveres o lo que fuera. Le hizo creer que estaba bien. Le juró que no pisaría la calle. Seguramente, también le había dicho que la entrada del edificio era de estilo francés.

La Lucy sentía repugnancia por la forma tramposa en que algunas trans manoseaban su propia pobreza, que siempre era escudo o bandera. Escudo para ampararse en ella y justificar un progreso virtualmente imposible. Bandera para declarar que la pobreza era la nación que las había visto nacer y por amor a esa patria, pasar hambre era un orgullo.

Ni escudo ni bandera, decía la Lucy; que la pobreza sea discurso. Soy pobre, repetía, que me vean. Soy pobre porque ellos quieren que sea pobre. Porque yo soy bien viva, eh. Si yo tuviera concha ya tendría mi empresa.

Soy pobre, pero honrada. Porque nadie dice “soy rico, pero honrado”, pero el pobre tiene que avisar que no afana, que no mata, que no pasa falopa.

La Lucy miraba fijo la llama azul de la hornalla que calentaba la pavita y pensaba que estaba harta de ser pobre, y más harta todavía de ser honrada.

Mucho tiempo después, las chicas me contaron así, entre seca y seca, que la primera vez que la Lucy llegó a la cuadra, lloró hasta que el cielo empezó a ponerse rosa.

9

Al rato nos metieron a un calabozo húmedo, con las paredes llenas de moho.

El canita que nos vino a buscar era pendejo, no habrá tenido más de veintidós o veintitrés años. Me levantó del brazo, me dijo vamos reina, y antes de abrirme la celda me sacó las esposas y me metió dos dedos debajo del vestido.

—No te hagas el idiota. Abrime —le ordené, y me puse de espaldas, contra la reja, enfrentándolo.

El tipo se me vino encima y me apoyó la nariz en el lóbulo de la oreja.

—No te hagas el machito —susurró.

Volví a sentir sus dedos debajo de mi vestido y miré fijo el techo, del que colgaba un ventilador de paletas de madera astillada. El ventilador giraba y se tambaleaba y hacía un sonido como de puerta rechinando.

El pendejo abrió la celda y me empujó adentro. Caí de rodillas sobre el suelo de cemento mojado y enseguida sentí el olor a meada.

Me volví para mirarlo y lo vi acomodarse la pija en el pantalón. Me sonreía como un payaso, pero no me animé a asustarme.

—¿La querés? —me preguntó.

Me incorporé y me senté sobre una tabla que hacía las veces de banco y cama. Le sostuve la mirada, desafiante.

—Veinte años y ya te cagaron la cabeza —le dije.

Confieso que sentí lástima por él. Él, el policía blanco, orgulloso de su heterosexualidad ficticia, le daba lástima a esta travesti negra y provinciana.

No me animé a decírselo. Lo de la lástima, no me animé. No quería que me hagan nada. Preferí preguntarle qué hora era y que me ignore. Quería que la noche terminara lo antes posible y volverme a la pieza.

Me dolían las costillas, los brazos, las piernas. Y él. Él y su mano en la pija, me dolían un montón. Él y sus ganas de violarme me dolían en el alma.

A nosotras no nos hacen el amor, a nosotras nos violan, había dicho Galaxia ese viernes al mediodía que se apareció en casa con la nariz llena de sangre y los quinientos pesos que nos faltaban para pagar el alquiler.

10

La Lucy tenía, entre otras tantas habilidades, amplios conocimientos en cosmeatría y depilación. No cobraba caro porque laburaba con las chicas de Constitución y ahí no había mucha mosca, pero a mí el tratamiento me lo hizo sin cargo. Un regalo de bienvenida, dijo.

Me cubrió de todas las cremas que tenía en el gabinete y, para no aburrirse, se cebaba mate y me explicaba para qué servía cada uno de los ungüentos que me untaba. Había pastas de aloe vera, rosa mosqueta, vitaminas de la A a la Z y jabones hechos con barro del lecho del Mar Muerto.

—Tendrías que alquilarte un gabinete y ponerte a laburar de esto —le dije, después de chupar la bombilla un rato, en silencio.

—De a poco, de a poco. Por ahora atiendo acá, allá, donde me van llamando. Vendo una cremita, una locioncita. Mucho fiado, eso sí, pero se los cobro con intereses.

—Sos toda una financista —bromeé.

En menos de tres horas, la Lucy me dejó divina. Sergio se había ido completamente y ahí estaba yo, Ximena, muy diosa, con los bucles rubios cayéndome hasta debajo de los hombros y los labios rojos como los de la Blancanieves de Disney. Me miré al espejo y me hice ojito.

—Estás linda, nena —me dijo la Lucy, rodeándome con el brazo y parándose frente al espejo para mirarme—. Yo estoy hecha concha, parezco madre.

Me reí.

—Estás regia —mentí.

En los últimos años, sus ganas de progresar le habían producido una depresión que la había envejecido bastante. La calle la hacía trizas y no quería saber nada con pasar la noche afuera, salvo que fuese estrictamente necesario.

—Así vestida me dan ganas de buscar un laburo en serio —dije, envolviéndome las caderas con las manos.

—Es de balde, es de balde —dijo la Lucy desde la cocina—. Y eso que vos sos bien concha, como les gusta a ellos. Pero te piden el documento y cagaste, mami.

—¿Y cómo a vos te dieron trabajo?

—¿Sabés cuánto me pagaba la vieja hija de puta de la mercería? Quince pesos por día. Vieja agarrada, carajo. Llegó un momento que tuve que largar, no me alcanzaba ni para pagar el alquiler. Eso te hacen, loca. Te ven trava y te pagan lo que quieren, saben que es eso o la vía.

—Te ponen entre la espada y la pared.

—¿Vos sabés coser?

—No.

—¿Cortás el pelo? ¿Hacés las manos? ¿Sabés teñir?

—No, no, no. Nada.

—Pero me imagino que sabrás coger… —gritó burlona, desde la cocina.

—Sé inglés —dije yo—. Y computación. Y escribo bien. Y soy rápida con los números.

La Lucy se acercó hasta el umbral y se apoyó para cebar un mate.

—Mientras sepas coger, vas a andar bien, amiga. En la calle, los números sirven para contar la plata y las letras para anotar direcciones de telos.

11

A Carina la trajeron última y con el ojo izquierdo en compota. La habían demorado un rato para averiguarle los antecedentes, le empezaron a hacer preguntas, lo de siempre. El puto se puso como loca y eso a los canas les encanta.

—Me tienen harta, loco —dijo Carina, sosteniendo la servilleta sucia que le habían dado para parar el sangrado.

—¿A vos, nomás? —agregó Hiedra, con una sonrisa cínica dibujada en el labio partido.

Yo miraba fijo el piso y pensaba en don Sosa, que quería un machito y le había tocado este pajarito enjaulado que no tenía idea de cómo defenderse.

Para alguien como yo, estar a salvo significaba bajarse de los tacos, sacarse el maquillaje, dejarse de joder con las faldas.

Querían que fuera una mujer ficticia, desprovista de las pocas cosas que me hacían gustarme cada vez que salía de casa. Mis monstruos no los conmovían.

Me querían peluda, llena de barba, haciéndole el amor con asco a una pobre infeliz dos o tres veces al año para que nadie sospechara que de vez en cuando me hacía coger por un pendejo en el baño de alguna estación de servicio.

Querían que fuese otra pobre tonta con pito que sueña con lentejuelas cada vez que se duerme, que se prueba vestidos ocasionalmente, por encima de la ropa, una tarde cualquiera, tomando unos mates con su hermana, bromeando sobre cómo sería si hubiese nacido mujer.

Serías horrible, diría la hermana, y le arrancaría el vestido de los brazos.

Y allí quedaría ella, frente al espejo, disfrazada de macho, mirándose a los ojos ensombrecidos, preguntándose en silencio cómo sería si hubiese nacido varón, con la sonrisa extinguiéndosele despacio, como el humo que queda en el aire después de que se apaga la llama de una vela.

12

La última noche de marzo fue especialmente tibia.

Había dormido una de esas siestas largas que te atontan y cuando la Lucy me corrió la cortina a las siete, demoré en entender si era de mañana o de tarde.

Improvisamos una cena con fideos y huevos fritos y ella abrió una botella de vodka y me la puso en frente.

—Tomá —me dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¿Hace falta?

La Lucy largó una carcajada que me hizo sentir bastante inocente. Agarré la botella y le di un buen trago.

La boca me hirvió y la garganta se me llenó de espinas, puteé en voz alta y la Lucy puso música para ahogar la carcajada.

—Tomá más —me dijo.

Tomé, sí. Incliné la botella varias veces y cada trago era un balazo. Llegaría medio borracha a mi debut en la calle Salta. Llegaría medio muerta a la primera batalla de una guerra que ya había perdido.

—¿Vos te hiciste los análisis?

—Sí, sí.

—¿Y?

—Todo bien —respondí.

Era cierto.

—Esto es todo un ritual, nena.

—¿Esto qué? —pregunté.

—Esto, llevarte, mostrarte, presentarte a las chicas. Ahora no te das cuenta, pero en veinte años te van a preguntar cómo empezaste y vos vas a decir que con una amiga, y de esa amiga no te olvidas más.

—Tengo veintiséis años, querida. En veinte años voy a estar muerta.

Salimos un poco después de las doce. Yo estaba borracha e impregnada en la idea de que la calle era mía. El vodka me había calmado más que los consejos de la Lucy sobre tipos con armas o muy falopeados.

—Estás linda, putita.

Me reí y le dije gracias.

Doblamos en Salta y ahí nomás había otras dos chicas paradas. La temperatura les había llevado la ropa, tenían los culos enormes y unas piernas preciosas.

—Hola, chicas —saludó la Lucy, con un poquito de tonada norteña.

Yo también dije hola, pero más despacito. Me había puesto nerviosa.

Nos presentamos. Cuando dije mi nombre y las besé, cerré los ojos un segundo y no estaba parada en la calle, vestida de puta, borracha y asustada. Estaba en el café más lindo de Resistencia y nadie me miraba. Nadie me señalaba ni le susurraba al de al lado que yo era travesti. Tomábamos un café y comíamos chipacitos y charlábamos sobre nuestros trabajos, nuestros novios, nuestros planes. Sobre todas esas cosas que charla una mujer que no tiene pito.

—¿Vos sos de Chaco? —me preguntó una de ellas, fingiendo interés pero con los ojos clavados en una camioneta que acababa de doblar en la esquina.

—Sí —dije.

—¿Y por qué te viniste? —preguntó la otra.

La otra se llamaba Galaxia y era hermosa. Le vi la sonrisa cálida, de dientes un poco torcidos. Tenía lindas tetas y era flaquita. Conservaba algunos rasgos masculinos, como la voz, que era grave y encantadora. Eso me gustaba.

En ese momento no lo supe, pero aquella mujer me salvaría la vida.

13

—¿Y por qué te vas? —preguntó Víctor, poniéndose los pantalones.

La pieza estaba a oscuras y en la quietud de la siesta podía escucharse las camas azotando las paredes del motel. Una radio mal sintonizada pasaba una canción de Los Chaques y Sergio se quedó un rato tarareando la letra antes de responder.

—¿Y para qué me voy a quedar acá?

—¿Cómo para qué, Sergio? ¿Y qué soy yo, angaú, invisible?

Sergio suspiró y le picaron un poco los ojos. En dos pasos atravesó la piecita y, de pie frente a Víctor, lo miró en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó el otro.

—Vos no estás enamorado de mí, Víctor. Haceme caso.

—Víctor lo apartó de un empujón y lo increpó con la voz cargada de desesperación.

—¡We! ¿Qué mierda te pasa? ¿Cómo vos vas a decir si yo estoy o no estoy enamorado? ¿Qué sabés vos?

A Víctor lo había conocido por chat hacía poco más de un año y se habían puesto a salir un tiempo después. Era buen pibe, Víctor. Estudiaba para ser profesor de inglés y su papá tenía una carnicería en el barrio Itatí donde lo hacía laburar por dos pesos de lunes a domingo. Con eso le alcanzaba para comprarse los apuntes y pagarse el boleto de colectivo.

Tenía lindos planes, Víctor. Quería comprarse una casa, un auto, tener un patio grande para que jueguen los perros. Su aspiracionismo a clase media, sin embargo, era un poco irritante.

Las travas no compran casas.

Víctor era el tipo de homosexual que piensa que el que quiere puede, y termina por condenar al que no puede. Mirá esta actriz, es travesti, dijo una vez. Si un travesti se lo propone, llega.

A Sergio le daban ganas de responderle que se fijara en algún homosexual exitoso y luego se preguntara por qué seguía empanando milanesas en el local que el padre había puesto en el garaje de una vivienda del gobierno. Pero no decía nada. No daba. Ya había aprendido a ignorar las verdades de Víctor.

Para irse no necesitaba dar explicaciones. Bastaba con ese padre postrado que murmuraba insultos cada vez que lo veía pasar. Bastaba con las horas que se había pasado mirando el reflejo de su propio cuerpo sobre un vestido exhibido en alguna vidriera de la peatonal. Bastaba con esa mañana que José Miño contó a viva voz en el almacén que el hijo de Sosa era flor de mariposa.

14

—Quinientos pesos, nena —me dijo Galaxia.

—Estás loca —respondí, sacando la olla del fuego.

Vertí el agua y los fideos en un colador de plástico blandito, verde manzana, con los agujeros mal hechos.

Serví dos platos abundantes, bañados en salsa portuguesa de esas de lata y un queso rallado bien ordinario.

—Estás loca —repetí, apoyando los platos sobre la mesita, que estaba tan pegada al televisor que casi, casi, estábamos almorzando con Mirtha y Gasalla.

Yo tenía miedo por Galaxia. Se metía con merqueros violentos que le daban unos mangos más por dejarse ahorcar, fiesteros que traían un par de amigos de fútbol para olvidarse un rato de sus mujeres y sus botines.

Galaxia había sido testigo de la miseria humana tantas veces que ningún monstruo burgués de heterosexual arrepentido la achicaba. La aterradora tarea de satisfacer el morbo ajeno no le movía un pelo más que para contar billetes.

Mi relato sobre Víctor, mi ex novio, le había gustado. Vos sos inteligente, nena, me dijo la primera noche que nos vimos.

Galaxia era de Ramos y siempre tenía alguna historia interesante para contar. Hablaba tan bien que daban ganas de escucharla un rato largo y gracias a ella, volver cada noche a laburar no me perturbaba tanto. Contra todos mis prejuicios, descubrí que yo no era el único ser humano que deambulaba en la penumbra solitaria de Constitución.

Nos mudamos juntas tres semanas después. Ella estaba buscando un departamento y yo ya estaba abusando de la hospitalidad de la Lucy.

Galaxia tenía un teje en Congreso, un viejo que alquilaba departamentitos con baño privado en una casa chorizo en mal estado sobre Alsina. No te pedía ningún papel, pero te alquilaba a precio Palermo Hollywood.

Galaxia había juntado buena plata. Pagó la entrada y yo fui devolviéndole de a doscientos pesos por semana.

De a poquito, equipamos el departamentito. Hasta televisor teníamos.

Galaxia se había hecho cierta fama en un boliche de Barrio Norte al que iban a buscarla los tipos cuando querían joda. A veces, las fiestas duraban hasta las cinco o seis de la tarde y la flaca volvía destruida, con ojeras, con los labios azules, pasada de poppers y con un fangote de guita.

Salíamos a comer a lugares lindos en el centro y Galaxia me regalaba vestidos y zapatos. No voy a mentir, comprábamos muchas ofertas y casi todo era de Once, pero yo salía del probador una y otra vez y Galaxia me aplaudía y los

chinos del local nos miraban y se reían y con eso me alcanzaba para mantener a raya mis monstruos y dejar de preguntarme todo el tiempo si la gente que me observaba notaba o no mi nuez de Adán.

Ella me venía hablando hacía rato de un tipo con el que se veía seguido. Le gustaba.

No habían tenido la oportunidad de verse a solas, eso sí. En las reuniones siempre había dos o tres flacos más. Galaxia decía que uno era de la tele, pero nunca se acordaba el nombre porque era medio segundón.

El último sábado se había despertado a las seis y media de la tarde en el departamento del tipo para descubrir que el resto de los invitados ya se había ido.

—¿Cómo era que te llamabas? —le dijo él, acercándole un plato con merca.

—Galaxia —respondió ella, y su voz rebotó en la vajilla.

Levantó la vista y el tipo tenía puesto un arnés y un par de jeans. Le preguntó si tenía ganas de quedarse un rato más mientras se frotaba la entrepierna.

—Cuando me estaba yendo, quiso darme más plata.

—¿Y?

—Y no agarré.

—¿Vos me estás jodiendo?

—No agarré, boluda. Supongo que entendió que lo quiero ver así, tipo cita. Sin los amigos. Tiene morbos copados.

Estallé en una carcajada de incredulidad.

—¿De qué te reís?

—La verdad que no sé —respondí—. No me imagino encontrar el amor así, ¿entendés? Pero yo soy más tradicional, no me hagas caso.

—¿Y qué sería lo tradicional? —preguntó Galaxia—.Porque yo no soy ninguna salvaje, eh. Yo también puedo sentarme a comer helado o ir al cine, ¿pero vos viste cómo nos miran, no? Yo me la aguanto, pero el tipo no. El tipo tiene miedo de que piensen que es puto. Porque cuando te gime en el oído y te pide que lo cojas fuerte no es puto, porque no lo ve nadie.

Tenía razón, por supuesto.

Mantuve los ojos fijos en el televisor mientras pensaba en lo intolerante que había sido con Víctor. Me pregunté cómo estaría, si se había recibido de profesor de inglés, si había conseguido escapar de esa carnicería donde se le estaban muriendo los sueños, que eran importantes, por más aspiracionistas que fueran.

15

Mientras lavaba los platos, Galaxia hacía zapping entre los cinco canales que teníamos. Iba del programa de cumbia a la película del perro y el pibe que se pierden en una isla. Cada tanto paraba para chusmear el sorteo de la quiniela y putear porque no había nada para mirar.

—¿Y vos? —le pregunté.

—¿Yo qué? —dijo ella, sin apartar los ojos del televisor.

—¿Tuviste algún Víctor?

Galaxia no respondió y tampoco me miró. Sentí que había metido la pata, así que me di vuelta en silencio y seguí lavando.

—Uno —la escuché decir al rato.

Me acerqué y me apoyé en la pared.

—¿Hace mucho?

—Bastante.

Sus respuestas venían acompañadas de segundos silenciosos e incómodos. Yo no sabía si tenía permiso para seguir preguntando.

—¿Qué estás haciendo? —dijo finalmente, apartando la vista del 1718 a la cabeza y bajando el volumen. Detestaba cuando los niños cantores de la lotería anunciaban el primer puesto.

—Estoy lavando los platos.

—Hacé mates —me dijo—. Te voy a contar la historia del Oreja.

16

En verano, el sol se va después de las ocho. Los pibes llegaron a esa hora, como siempre eran seis o siete. La casa la ponía el Peto, que vivía solo.

El auto estacionó en la vereda y el murmullo de la cumbia reverberó hasta detrás del riachuelo. Con un par de cervezas heladas encima, los pibes hasta se animaron a entonar las estrofas melosas.

Después del asado (preparado ahí nomás, en la vereda) quedaba menos de medio cajón de birra.

—¡Vamos al Torbellino! —propuso el Oreja, y el resto se le cagó de risa en la cara.

—Ta' queriendo ir a ver los estríper, vos, Oreja.

El coro de voces roncas entonó un himno guarro sobre pijas y el culo del Oreja y todos aplaudieron la genialidad.

—Ustedes son todos una manga de boludos —dijo él—.¿No ven que los estríper terminan a las una? Y ahí entramos…

—¡Y tenemos todas las minitas calientes para nosotros! —aplaudió el Luis, poniéndose la botella de cerveza debajo del brazo, derramando un poco sobre la vereda.

El resto, avivado, le celebró la astucia.

El Peto amontonó los envases vacíos y la parrilla usada en la galería de la casita y se montó en el auto. Tenían olor a humo y transpiración, pero les importaba poco. Estaban borrachos y eufóricos.

Entraron a la pista como si fueran los reyes de la bailanta y la música tropical les llenó los oídos.

El Oreja tenía razón, el tinglado estaba lleno de minas calientes y casi en pelotas. Cada tanto, le cantaban el feliz cumpleaños a alguna o le tiraban champagne barato a otra porque se casaba. Pobre boluda, pensaba el Oreja.

El Torbellino se fue llenando y para las cuatro no cabía un alfiler. La cerveza se calentaba cada vez más rápido y se compraba cada vez con más frecuencia.

El Oreja veía borroso y bailaba como podía, tambaleándose entre las chicas, haciéndose el gracioso. Se fue alejando del grupo sin darse cuenta y ya no pudo encontrarlos.

Se apoyó en una columna para orientarse y ahí estaba ella, con los rizos oscuros cayéndole sobre los hombros huesudos. Tenía los labios gruesos, los ojos grandes y un culo hermoso.

El Oreja se arregló un poco el pelo y se acercó. Le sonrió. Ella también y entonces supo que tenía el terreno libre. Se quedó de pie, medio embobado,

clavándole los ojos. Ella se arrimó un ratito después.

La vio mover los labios, pero entre la música y la borrachera no alcanzó a entenderla.

—¡No te escuché nada! —confesó, y la hizo reír.

Qué lindo que se ríe, pensó el Oreja, y la agarró de la cintura. Ella lo miró, él le hizo señas para que le repitiera lo que había dicho, pero al oído.

La dejó acercarse y sintió sus labios húmedos de cerveza caliente en el lóbulo. El aliento de la piba le acarició el cuello, eléctrico.

—Yo me llamo Galaxia —dijo ella.

El Oreja torció el cuello y la miró a los ojos. Se olvidó de la cumbia y el tinglado caliente y pensó que sí, que era cierto, que bien cabría una galaxia entera en esos ojos negros en los que ahora también cabía su propio reflejo. No le pidió permiso. La besó un rato largo, agarrándola de la cintura y acariciándole el pelo.

Ella lo rodeó con sus brazos y sus estómagos se encontraron, húmedos, y se dijeron groserías sin que ellos supieran.

La música se había apagado y el Oreja solamente oía el golpe húmedo de sus lenguas que se empujaban y el sonido de sus dedos ásperos sobre la piel de ella, que era suavecita como la cartulina nueva.

Sintió que tironeaban de su remera y lo arrastraban hacia atrás. Tropezó y cayó de espaldas en los brazos del Peto, sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué hacés, Oreja? —le gritó el Peto, muerto de risa, pero más muerto de alcohol.

Se incorporó como pudo.

—Soltame, la concha de tu madre, ¿qué hacés? —le reclamó, sacado de quicio.

—¡Pará, Oreja! ¡No ves que es flor de trava! —lo escuchó decir.

Los reflectores se encendieron, el presentador le estaba dando la bienvenida a Los Picaflores del Oeste.

La luz blanca cayó sobre el rostro de Galaxia, demasiado cuadrado. Sonó un acordeón, la multitud gritó enloquecida y el corazón del Oreja se aceleró con el ritmo de los tambores. Es hermosa, pensó, mientras su amigo lo arrastraba de vuelta al grupo.

Ella se extinguió entre la muchedumbre y no volvió a verla.

El Peto hizo un comentario de palabras borrachas y torcidas sobre el Oreja besando travas que la música y la cerveza ahogaron para siempre.

Pero el Oreja no se olvidó.

Galaxia comenzó a aparecer cada vez con más frecuencia. Primero, cuando se masturbaba; después cuando tenía sexo. Y por último, cuando viajaba en

colectivo. Cuando viajaba en colectivo y una chica se le sentaba al lado y él por las dudas se fijaba si era Galaxia. Pero ninguna era. Y como ninguna era, cerraba los ojos y escuchaba una y otra vez la canción de Los Picaflores del Oeste que sonaba la noche que se conocieron. Volvía al Torbellino, hasta transpiraba un poco. Y ahí estaba Galaxia, de pie, bajo los reflectores y las chapas, bailando para él. No aguantaba más, tenía que ir a buscarla.

Y fue.

Tres sábados seguidos se escapó al Torbellino. Como a los hombres no los dejaban entrar a ver el show de strippers, el Oreja esperaba afuera. Debe ser el marido de alguna, le escuchó decir a una vieja narigona y sus amigas la primera vez.

El último sábado llegó medio tarde porque el Peto lo andaba persiguiendo para hacer un asado. Apagó el teléfono y se desentendió de los pibes.

Ya habían habilitado el acceso a los hombres, así que se mandó y el golpe de calor de las chapas lo obligó a sacarse el buzo.

Se tomó una cerveza, dos. Era la quinta y Galaxia no aparecía y para la séptima comenzó a sentirse un idiota. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué le pasaba? Con palabras no le salía explicar cómo ese beso le hizo arder la boca y cómo esos ojos lo hicieron bajar un cambio. Pero era un travesti. “Un trolo”, hubiese dicho su padre.

Ya se le caían los párpados y bajo el tinglado no cabía un alma cuando Galaxia, finalmente, apareció.

Otra vez se olvidó de la música y le dolió la panza. Soltó la cerveza y se acomodó la ropa. Se peinó con los dedos. Qué gil, pensó, y se mandó.

Se mandó.

“Un trolo”, dijo su padre la primera vez que el Oreja preguntó qué era un travesti.

—¡Hola!

Cuando Galaxia lo vio, largó una carcajada.

—¡Yo sabía que te iba a encontrar algún día! —dijo. Estaba contenta. Borracha, sí, pero la felicidad al verlo era genuina. Su sonrisa se había puesto tan ancha que difícilmente cabía en el marco de carne turgente de sus labios.

Galaxia también había pensado mucho en el Oreja. Ella no se olvidaba de cómo se miraban mientras ese amigo con olor a humo que tenía lo arrastraba lejos.

El Oreja había comenzado a aparecer cada vez con más frecuencia. Primero, cuando se masturbaba; después, cuando tenía sexo. Y por último, cuando iba montada en el auto de algún viejo que la levantaba en Once. Había comenzado a imaginarse que el que conducía era el Oreja. Cerraba los ojos y pedía por favor

que, cuando los abriera, los edificios se hubieran convertido en las sierras de Córdoba y ella no estuviera yendo a coger por cincuenta pesos, sino de vacaciones. Pedía que fuera de siesta y que hubiera mates y que en la radio sonara esa canción de Los Picaflores del Oeste que había escuchado la noche que se conocieron.

Bailaron y se besaron, y luego volvieron a bailar para seguir besándose.

El ritual se repitió durante varias semanas. El Oreja esperaba hasta que habilitaran el ingreso de hombres y Galaxia lo esperaba a él con una cerveza. La música y el porro los llevaban lejos, los hacían reír. Se descubrieron las cosquillas, los tatuajes, los temblores de pezones rozados y los morbos.

El Oreja se desapareció de las reuniones con los pibes. Demasiado brutos para entender lo que pasa, explicaba, mientras fumaba envuelto en las sábanas baratas de un motel de la ruta cuando el domingo empezaba a desperezarse.

Galaxia lo escuchaba hablar fascinada, con los ojos fijos en sus labios, un poco torcidos, siempre tan secos, como si estuvieran marchitos.

—Me gustás mucho —se le escapó una madrugada.

Él sonrió, la abrazó fuerte y le besó la frente. La sintió temblar entre sus brazos.

—Eh… ¿qué pasa? ¿Por qué llorás?

—¿Sabés hace cuánto que no me abrazan así? —dijo ella.

Cerca de las siete, se duchaban y abandonaban la habitación hasta el siguiente fin de semana. Hicieron de aquello una tradición, más salvoconducto que rutina.

El último sábado de mayo no había un mango y los pibes se saltearon el asado, se tomaron varias jarras de vino con gaseosa de naranja y se mandaron para el Torbellino. Habrán sido las cuatro, cuatro y media como mucho.

Esa noche había poca gente y no hubo show. El tinglado estaba más vacío y el grupo armó una ronda en el medio de la pista. Se pasaron un par de jarras, el Miguel se armó uno y el Peto volvió del baño duro.

—¡Mirá, el Oreja! —gritó el Topo, y era cierto.

El Oreja avanzaba entre la gente, camino a la barra, cuando el grupo lo interceptó.

—¡Eh, Oreja! ¡Oreja!

—Eh, la concha de tu madre, Oreja, desaparecido, ¿estabas adentro o qué? —lo increpó el Peto.

Él no respondía. No podía. No sabía qué decir. ¿Qué mierda iba a decir?

Cuando abrió la boca sintió el peso de una mano sobre el hombro.

—¿Pasa algo? —preguntó Galaxia, espiando las caras debajo de las viseras.

—¿Este es tu novio, Oreja? —gritó el Peto, y el grupo estalló en una carcajada desagradable.

Hasta la música se detuvo.

¿Qué estás haciendo, Oreja?, pensó, mientras sus brazos eyectaban el cuerpo frágil de Galaxia contra una columna.

Ella escuchó el eco de su cráneo estrellándose contra el concreto.

—¡Ya te dije que no me molestes más!

—¡Eh, qué te pasa a vos con mi amigo, puto! —saltó el Miguel, y ahí nomás se le arrimó y le tiró una patada que le dio en la rodilla.

El Peto se le puso al lado.

—¿Este trolo te está molestando, Oreja? —le preguntó.

Aquella sería la última vez en que sus ojos se encontraran. Los de Galaxia estaban húmedos.

—¿Qué pasa? —le leyó en los labios.

—No puedo, perdoname, por favor, perdoname —le respondió él, y ya no pudieron verse porque los puños de los pibes le llovieron torrencialmente sobre el vestido dorado.

El Topo la agarró del pelo y le gritó que se sacara la peluca. El corazón le dolió mucho más que el cuero cabelludo y como la peluca no salía, el Topo le dio un codazo en la boca. Cuando vio sangre se relamió y siguió pegando. Pegó hasta que se aburrió. Nadie hizo nada.

Nadie hace nada cuando le pegan a un trava.

Galaxia se fue de Ramos, desfigurada, dos días después.

El Oreja se ahorcó a la semana.

17

—¡Arriba!

La voz grave del cana me devolvió a la realidad. No sé qué hora era, pero calculé que cerca de las cinco.

Hiedra se sobresaltó y maldijo mientras Carina abría los ojos y se ponía de pie despacio.

Nos largaban y sí, en efecto, estaba amaneciendo.

Nos pusieron frente a un policía obeso, con la frente sudada y los dientes amarillos. Nos devolvió nuestras cosas y lo primero que hice fue abrir mi cartera y ver si tenía todo.

—¿Qué mierda estás buscando? —me increpó el oficial. Iba a responderle cuando lo vi apoyar los nudillos sobre el escritorio y apretar con fuerza—. Escúchenme una cosa, manga de putos, van a salir de acá y se van a ir corriendo. Corriendo, ¿escucharon? Los voy a matar si no corren. Y si los vuelvo a ver por acá, lo mismo, ¿escucharon?

Miré de reojo a Hiedra y el odio en sus ojos fue un retrato que llevaría conmigo durante mucho tiempo. Porque no era odio llano, de igual a igual. Era el odio del humillado. Sus ojos bastaron para saber que ella sentía exactamente lo mismo que yo.

Caminamos apuradas y, ya en la vereda, ellas se bajaron de los tacos. Yo no entendí qué pasaba hasta que Carina me miró impaciente.

—Dijo que corriendo —murmuró, apretando los dientes.

Yo también me saqué los zapatos ahí, frente a todo el barrio de señoras alistándose para la misa mientras miran por la ventana y porteros despreocupados por tanta agua potable desperdiciada. Y corrí. Corrí a la par de mis amigas. Corrí y mientras corría, lloraba. Lloraba desconsolada, asustada de lo que podría pasarme por culpa de esos tacos baratos que, sin embargo, abrazaba con todas mis fuerzas mientras seguía corriendo.

Esa mañana, San Cristóbal amaneció regado con las lágrimas de una puta.

CRISÁLIDA

“When you have to turn into a chrysalis –you will some day, you know– and then after that into a butterfly, I should think you’ll feel a little queer, won’t you?
Not a bit, said the Caterpillar.”
LEWIS CARROLL

18

La primera vez que Hugo Quiroga violó a su mujer, ella estaba embarazada de cuatro meses y medio y esa tarde había sangrado.

En la salita del barrio le habían dicho que aquello era normal, que no se preocupara.

A Hugo le gustaban el vino, el casino, los asados y la bailanta de los viernes. Por su parte, a Norma le gustaban el amargo serrano con soda, la loba, los ñoquis que hacía su madre y la clase de salsa de los jueves.

La última vez que Norma había ido a la bailanta fue la noche que conoció a su marido. Marido era una forma de decir, no estaban casados.

Norma llevaba casi dos años encerrada. Hugo le daba permiso de andar por el barrio, de ir a salsa y de recibir a su madre un par de veces a la semana.

Enterarse de que su mujer se había embarazado no le había hecho ninguna gracia. Él no quería hijos, decía que eran mucho gasto.

Mientras el reportero del clima afirmaba que se esperaban lluvias fuertes para media mañana, Norma escuchó el auto entrando al garaje. Apagó el televisor y se hizo la dormida.

Los sábados a la mañana eran difíciles. Hugo volvía borracho, caliente y con mucho sueño. La manoseaba un rato y terminaba durmiéndosele encima. Norma lo corría como podía y se dormía también.

Hugo se había pasado la noche franeleando con una morocha que, poco después de las cinco, cuando le descubrió la billetera y el vaso vacíos, le dijo que no bailaba con pobres. Aquello lo había enfurecido.

—Norma, despertate.

Cuando se dio vuelta, su marido ya no tenía bermudas ni calzoncillos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Despertate. Sacate la ropa, dale.

—Pará, Hugo. Hoy no.

Hugo subió a la cama e intentó arrancarle la remera.

—¡Pará! ¡Estoy lastimada!

Norma miró a su marido a los ojos y se dio cuenta de que los tenía clavados en el vacío.

—¡A mí nadie me dice que no! —gritó él, y a Norma se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se dio cuenta de que iba en serio.

Hugo envolvió el puño en su trenza y la obligó a apoyar la cabeza sobre la almohada mientras que con la otra mano le bajaba la bombacha.

—¡A mí nadie me dice pobre! ¿Me escuchaste?

—¡Pará! ¡Me estás lasti..!

La mano pesada cayó sobre la boca de Norma y no pudo decir una sola palabra más. Apretó los ojos y sintió las lágrimas dispararse y rodar hasta sus orejas. El rostro sudoroso de Hugo flotaba en ese espacio oscuro, como si pudiera atravesar sus párpados, y lo escuchaba repetir una y otra vez que él no era pobre, que a él nadie le decía que no.

Sintió su cuerpo hundirse en el colchón viejo que compartían e instintivamente se llevó ambas manos al vientre para proteger a su hijo.

Le dolió mucho.

A mí nadie me dice pobre, decía él, una y otra vez, y su mirada seguía puesta en la nada.

Unos minutos después, Norma ya no lloraba. Tenía los ojos bien abiertos y miraba fijamente el rostro de Hugo, entre atontado y rabioso, y se preguntaba qué holograma tendría frente a esas pupilas perdidas.

Ni siquiera me está violando a mí, pensó Norma, y comenzó a llover torrencialmente.

19

Todos los domingos, la abuela de Cristóbal se tomaba el remís desde su casa, en el centro de Ramos Mejía, para ir a visitarlos.

Era re coqueta la abu. A Cristóbal le gustaba abrazarla un rato largo porque tenía olor a perfume y a crema. Su ropa era suavecita y sus vestidos estaban llenos de flores, como si fuera una reina.

Su papá siempre decía que la abuela Amanda estaba cada vez más loca y que ojalá que se muriera pronto y su mamá respondía que pobrecita la abu, que está gagá, que se olvida de las cosas.

Pero era mentira.

Cristóbal sabía perfectamente que la abu era una bruja. La había descubierto una vez que había ido a visitarla a su casa, en el centro, y mientras se ponía sus vestidos encontró unas piedras misteriosas en un jarrón del ropero.

La abu le confesó que eran las piedras mágicas que utilizaba para adivinar las cosas y que se tenía que hacer la loca para que los demás no la descubran, porque podía perder sus poderes.

A ver, adiviname alguna cosa, había exigido Cristóbal. La abu cerró los ojos y los apretó fuerte, para concentrarse en adivinar el futuro.

—Veo… veo… que vas a ser una hermosa princesa.

Cristóbal se murió de risa, claro, pero esa noche, antes de dormirse, pensó que sería lindo ser una princesa porque podría usar todos los vestidos de la abuela Amanda y papá no le diría nada ni se enojaría, porque las princesas sí pueden usar vestido.

—Y si la abuela se olvida de las cosas, ¿por qué no se olvida de venir a visitarme? —le preguntó Cristóbal a su padre una siesta que, parado en el portoncito de la casa, agarrado de su mano, miraba cómo el remís daba la vuelta mientras ella le sonreía y le decía hola con la mano, desde atrás de la ventanilla cerrada.

—Porque no tiene nada que hacer, esta vieja de mierda —respondió don Ruiz Díaz y le apretó la mano.

Esa mañana, papá lo había obligado a disfrazarse con el uniforme de River, incluidos los botines, que le parecían demasiado incómodos para jugar a la casita. Quiero que tu abuela te vea con esta ropa, le decía, mientras lo hacía levantar las piernas, primero la derecha, después la izquierda, para ponerse el pantaloncito con el escudo rojo y blanco. A ver si deja de decir boludeces, murmuraba, y apretaba los dientes.

La abu bajó del remís y tenía una bolsa con facturas y leche chocolatada, de

esa de caja, que ya viene preparada y es riquísima, pero muy cara.

Cristóbal le soltó la mano a papá y salió corriendo para enterrar la cara en la panza de la abu, que hasta en el ombligo tenía olor a perfume y crema, y se murió de risa mientras ella le decía hola, mi amor, hola, te extrañé.

Y ahí estaba Cristóbal, escuchando la campanita de la cuchara de acero revolviendo la chocolatada en el vaso de vidrio transparente, montado en el regazo de la abuela, que se hamacaba en la mecedora de la cocina mientras mamá servía la merienda.

Entonces, mamá puso las facturas en un plato y lo apoyó sobre la mesa de madera, que se quejó con un crujido suavecito.

Papá fumaba en un rincón y contemplaba la escena, como enojado, o más bien como asustado, porque le temblaban las piernas y encendía un cigarrillo tras otro.

—¿Vas a tomar la chocolatada, Galaxia? —le preguntó la abuela (le gustaba mucho cuando le decía así).

Cristóbal iba a responder cuando papá azotó el plato de facturas contra el piso.

—¡Se llama Cristóbal! —exclamó, desquiciado, apretando los dientes.

Mamá se arrimó a la mesada después de ahogar un grito, pero la abuela permaneció en silencio un rato largo, observándolo, sin reaccionar. Finalmente torció la cabeza para mirar a Cristóbal directo a los ojos.

—A ver… a ver… —murmuró.

Se miraron bien adentro de los ojos, como si fueran pasillos milagrosos que comunican la ciudad con la playa una noche de calor. Se sonrieron con complicidad.

—No —concluyó Amanda—. Se llama Galaxia —insistió—. Si la miran a los ojos un rato largo, van a ver que allá, al fondo, se ven todas las estrellas. Pero no podrán ver nada si no la miran —y giró para hablarle a mamá—. No la pueden ver a Galaxia porque no la están mirando, hija.

A la abuela no le dieron más permiso para ir a visitar a Cristóbal y a Cristóbal no le dieron permiso de ir a ver a la abuela cuando la internaron, un par de meses después.

Esa tarde, Galaxia se quedó de pie frente al espejo, escuchando el sonido del auto de mamá, que se alejaba. Papá seguía gritando frente al televisor y ella se secaba las lágrimas que no iba a poder llorar sobre el cajón de la abuela. Lloraba por Amanda, sí, y un poco por Cristóbal, que ese día se había ido con ella.

20

Qué miedo me daba que se hicieran las siete y media, que era la hora que salíamos para la escuela. No tenía miedo de la escuela, es más, me encantaba. Lo que me asustaba era llegar allá sabiendo que ellos me iban a estar esperando. Pero bueno, al fin y al cabo, la culpa había sido mía. Ahora me la tenía que aguantar.

El timbre para izar la bandera toca a las ocho, pero ellos siempre llegan siete y media porque la seño Sonia les pone los Caballeros del Zodíaco en el televisor de la biblioteca.

Yo no me junto con ellos. Yo llego a las ocho menos diez y me quedo en el salón con Romi.

Como en mi casa no hay cable, no miramos los Caballeros del Zodíaco (salvo la película, que papá me había alquilado en casete en el videoclub. Él le dijo a la señora que atendía que necesitaba una película de nene y una de nena. A mí me toco esa y a mi hermana un video trucho, grabado de la tele, con capítulos de Sailor Moon entrecortados. Los dos terminamos viendo ese).

Una vez, mi bisabuela me dijo que los gatos negros son de mala suerte. El viernes pasado nos siguió uno desde la parada del colectivo hasta la escuela, que son como seis cuadras. Yo le chistaba para que se fuera y nada, y le dije a mi hermana que tenía un mal presentimiento.

Era temprano. A veces mis papás nos mandaban antes a tomar el colectivo para que no escucháramos cómo se peleaban. Mi mamá se agarraba el corazón y se quedaba sin aire. Nosotros nos asustábamos cuando mamá se ponía así, por eso el viernes nos mandaron temprano a la escuela, para que no nos asustáramos. Si ellos no se hubiesen peleado, yo no me hubiese cruzado con el gato negro. Eso también me daba bronca.

Hacía mucho frío. Romi no estaba en el salón y se me ocurrió ir a esperar a la biblioteca porque ahí tienen estufa.

Los vi ni bien entré, instalados en la mesa junto al televisor, esperando que comiencen los Caballeros del Zodíaco. Castro me miró y se rio, y después me hizo un gesto con la mano. No me dijo nada porque la seño Sonia les tiene prohibido hablar tan temprano y Castro tenía pánico de hacerla enojar y que les apagara la tele.

No sé de qué se trataba el capítulo. Había un caballero, que era el de la armadura de cisne, que iba por una escalera interminable y era atacado por sorpresa por uno de los enemigos, que no se entendía muy bien si era hombre o mujer.

¿Y vos ya tenés tu álbum de figuritas de los Caballeros del Zodíaco?, exclamó la voz del locutor del comercial en el que salían los caballeros con armaduras doradas que se convertían en hologramas (que eran las figuritas más difíciles).

—¡Qué masa que estaría tener eso! —dijo Castro.

Los demás dijeron todos que sí y después se hizo un silencio porque ellos no hablaron y justo volvía el episodio.

—Yo tengo ese álbum.

Vi los doce ojos mirándome y yo ahí, abrazado a la mochila, preguntándome por qué había hecho semejante estupidez.

—Es mentira —sentenció Castro.

Podría haber bajado la cabeza y terminar ahí el asunto, pero no quise. Quería otra cosa. Quería que Castro pensara, al menos por un rato, que yo tenía algo que él no.

Castro tenía todo. Las mejores zapatillas, la mochila con rueditas, los cumpleaños en octubre, llenos de chicos sin remera, comiendo asado con los cachetes colorados al costado de la pileta del quincho del campo de su abuelo.

Yo no tenía nada de eso, pero ahora tenía un álbum. No importaba que fuera mentira, que el álbum no existiera, porque Castro no sabía. Entonces era cierto, el álbum era real, por lo menos por un rato, por lo menos para desafiarlo.

—Es verdad —afirmé, sin bajar la vista—. Me lo trajo mi abuela de Buenos Aires.

Los chicos que estaban con él lo dejaron solo y vinieron a sentarse en mi mesa para que les cuente más. Fueron ellos los que terminaron de convencerme de que el álbum existía, porque su felicidad era tan genuina que ya no podía ser mentira que yo tuviera en mi casa el álbum de los Caballeros del Zodíaco que salía en la tele.

Ese día no me dijeron puto, no me empujaron en Educación Física, no me escupieron la mochila ni me hicieron zancadillas.

Ese día me dijeron Sergio y me pidieron que juegue con ellos a la bolita. Hasta Castro estaba. Me dijo que yo tenía buena puntería y me enseñó a chocar las manos con ruido para saludar.

Ese día me mostraron su lugar secreto, que era el hueco de una escalera del patio de atrás, tapado con un pizarrón roto. Ahí tenían fósforos y una vela. Nos encerramos y yo hice un dibujo de todos nosotros y a cada uno le ponía un casco de Caballero del Zodíaco y a Gonzalo le gustó tanto que lo pegó con chicle a la pared.

Cuando tocó el timbre de la salida, nos formamos y la señorita Fabiola nos retó varias veces porque no nos callábamos y en una de esas que todos hicimos silencio, Castro se dio vuelta, me miró y se sonrió como el payaso asesino de la

película.

—¡Ah, Sergio! ¡El lunes no te olvides de traer el álbum de los Caballeros del Zodíaco así lo vemos, eh!

El corazón se me aceleró como cada vez que todos me miraban. Me puse nervioso, me temblaron un poquito las piernas, pero dije que sí, que el lunes lo llevaba, obvio. No sabía qué hacer, tuve miedo.

Mamá se dio cuenta de que me pasaba algo, porque a la noche me quedé en mi cuarto y no quise ver Dibu, pero por suerte no me preguntó nada.

El sábado vinieron de visita los tíos para mostrarnos el auto nuevo que se habían comprado y se quedaron a comer un asado, que también habían traído ellos.

A mi papá no le podía pedir que me compre el álbum porque él nunca tiene plata y siempre se enoja cuando le pido que me compre algo, pero mi tío es más buenito. Se llama Silvio y es médico pediatra, así que está acostumbrado a ser bueno con los chicos.

Yo sabía que faltaba un tocazo para mi cumpleaños, pero igual probé suerte y fui hasta el comedor, donde estaban sentados los grandes tomando cerveza.

—Tío —lo encaré—, ¿vos me podés regalar el álbum de figuritas de los Caballeros del Zodíaco por mi cumpleaños?

Antes de que el tío pudiera responder, papá me mandó al cuarto, pero no le hice caso y me quedé un ratito más, para ver qué decía el tío. Me daba más miedo llegar el lunes sin el álbum que los cintarazos.

—Pero falta mucho para tu cumpleaños, sobrino —respondió él, sonriéndome con amor—. Me tenés que hacer acordar después.

—Pero… ¿y no me lo podés comprar ahora y después, para mi cumpleaños, no me regalás nada?

Vi que el tío abrió la boca para responder, pero no escuché lo que dijo porque la mano abierta de papá se me desparramó con fuerza contra la cara.

—¡Te dije que te fueras a tu cuarto! —me reclamó.

Yo estallé en llanto porque me había dolido un montón, sí, pero también porque me dio mucha vergüenza que papá me pegara enfrente de mis primas, que ya me daban vergüenza desde antes porque había visto la cara de enojadas que pusieron cuando escucharon que le estaba pidiendo un regalo al padre de ellas y no al mío.

Mientras corría a mi cuarto, escuché a mamá exigirle a papá que no fuera tan bruto y a él responderle un me tiene harto el mariconcito de tu hijo. El tío decía que pará, hermano, no te pongás así, no digás esas cosas, y papá vociferaba que un día de estos me iba a matar.

No me dieron permiso de comer el asado, pero mi hermana me fue trayendo

papas fritas a escondidas y no me morí de hambre. Después de un rato me quedé dormido, hasta que empezó a asomar el sol del domingo.

Mamá vino y me despertó despacito, susurrando, para no hacer ruido. Me puso un buzo calentito, recién planchado, y me llevó a la cocina, donde estaba prendida la estufa.

Me había preparado un café con leche con mucha espuma y un poquito de chocolate y en la mesa había platitos con pan con manteca, panqueques con dulce de leche y tortitas de azúcar negra.

Me senté a la mesa y ella se sentó frente a mí con su mate y no me dijo nada, solo me miró comer. Cada vez que levantaba la vista, ella me estaba sonriendo. Cada tanto me acariciaba el pelo. Mientras la yerba del mate se iba lavando, el sol se metía más y más a la casa por la ventana de la cocina y le iba poniendo la cara anaranjada.

Cuando terminé el desayuno me dio un beso, me pidió que me porte bien y me mandó a acostar de nuevo, antes de que papá se despertara. Pasé el día entero en cama.

Y ahí estaba todavía, bajo las cobijas.

Sentí sonar el despertador de papá y luego a él, atravesando el dormitorio hasta la cocina y encendiendo la radio. Puso agua para el mate y enseguida se levantó mamá, arrastrando las pantuflas. La escuché montar la tabla de planchar y después de un rato sus pasos fueron creciendo por el pasillo hasta ahogarse en la puerta de nuestro cuarto, que se abrió de par en par. El dormitorio se llenó de olor a apresto tibiecito.

Mamá prendió la luz y comenzó a vestirnos. Yo me hice un poco el dormido. Nos llevó a la cocina y yo le pedí un té, porque me dolía la panza. No estaba inventando para no ir a la escuela, me dolía en serio.

Mientras desayunaba, Jesús me miraba desde el almanaque. Ay, Jesús, ayudame, por favor, le pedí. Hacé aparecer el álbum y te prometo que nunca más voy a jugar con las nenas, ¡te lo suplico!

Apreté fuerte los ojos y deseé con todo mi corazón que Jesús pudiera oírme. Todavía recitaba el Padre Nuestro mientras caminaba las cuadras entre la parada y el colegio. Mamá nos llevó ese día y todo el camino le apreté la mano con tanta fuerza, que sentí que mi deseo se había hecho realidad. Jesús me había escuchado porque yo le había hablado con todo mi corazón, como dijo que había que hacer la seño Mabel en catecismo.

Mamá nos dejó en la esquina y mi hermana corrió hasta el portón para encontrarse con sus amigas. Yo, en cambio, caminé despacio, muy despacio, como esperando que la vereda se convirtiera en chicle y la escuela quedara lejísimos y ya nunca más pudiese llegar.

Eran casi las ocho cuando crucé el portón y me encontré con los doce ojos que me miraban fijo, serios, como si el viernes anterior no hubiésemos jugado juntos. Castro estaba adelante, pero ni me saludó.

—¿Trajiste el álbum? —me preguntó.

Yo respondí que sí y me eché de rodillas al suelo para abrir la mochila. No sé qué cara habrán puesto mientras yo revolvía, no me animé a mirarlos.

—Tiene que estar por acá —murmuré, poniendo cara de no entender por qué no podía encontrarlo, si yo estaba tan seguro de que estaba ahí porque Jesús me había escuchado.

Iba del cuaderno gordo al libro de inglés. Desesperado, abrí la carpeta de dibujo y busqué hoja por hoja y luego revisé la cartuchera y el cuaderno de comunicaciones. Nada.

—No lo encuentro —dije por fin.

Como no levanté la vista, no pude ver cuál de ellos me pegó la patada en la cara. Creo que fue Castro.

Me caí, cerré los ojos y puse el cuerpo lo más rígido que pude, esperando otro golpe. Cuando te pegan en la escuela, aprendés a ponerte bien duro para protegerte, como los gusanos cuando van a convertirse en mariposa.

—¿Vieron que era mentira? —dijo Castro, riéndose—. ¡Qué va a tener este mariquita el álbum de los Caballeros del Zodíaco! Si viene a la escuela en colectivo, ¿no se dan cuenta de que es pobre?

Gonzalo amenazó con darme otra patada, pero le pegó a la mochila. Mis lápices de colores cortitos se desparramaron por todo el patio de la escuela y el sonido de las varillas de madera contra las baldosas de cemento alcanzó lo más alto del tinglado. Creo que Jesús también se cayó de mi mochila esa mañana.

21

El Lucas cumplía ocho añitos y le estaban por hacer una fiestita, ahí en la casa, nomás. La mamá le había ahorrado unos pesitos, casi todo en bonos, para ponerle un castillito inflable, hasta le iba a contratar un mago.

Había mucha miseria en esa época, ¿vio, don? Yo a ellos les conocí justamente por el club del trueque que hacían por allí, cerca de las mil viviendas, no sé si usted conoce. No, porque como dice que no es de acá.

Bueno, deje que le cuente. Cuestión que al nene le estaban por hacer el cumpleañitos y yo en esa época de malaria hacía todo lo que sea repostería, me rebuscaba con eso, ¿vio? Entonces no va que viene la madre del Luquita y me chifla por ahí, por a la vuelta, por la ventana de atrás y me dice ¡Chili! ¡Chili, vení! y ahí arreglamos que yo le iba a hacer la torta del cumpleañitos.

Bueno, de qué le vamos a hacer la torta al nene, dijimos. Tenía que ser algo bien simple, porque todo lo que sea repostería se había ido por las nubes. La harina nomás, incomprable, imagínese. Era un sufrimiento cada vez que había que festejar algo.

Vamos a hacerle de los pagüer renyers, dijimos, que sabíamos que al nene le gustaba. Pero vamos a hacerle la torta de uno solo de los pagüer renyers, angá, no nos alcanzaba para comprar los seis, siete, ocho colores, no sé cuántos mierda son los pagüer renyers.

Bueno, no va que viene la madre, la Norma, y le dice ¡Luquita!, que cuál pagüer renyers quería que le hicieran la torta.

El padre estaba ahí también, yo me acuerdo bien, si yo había ido justo a cobrarle las dos botellas de un litro de salsa de tomate que todavía me estaba debiendo de lo que le había cambiado por harina.

En fin, no va que el nene dice que quería que le hicieran de la pagüer renyers rosada.

¡Ay, para qué, Jesumidió! El escándalo que se armó en esa casa, don. Vos hacé de cuenta que le dijeron que quería que le haga la torta con la cara de Satanás, más o menos.

Nunca, en mis sesenta y un años de vida, yo he visto cagar a palo así a un gurí. Dios me libre, cómo le pegó ese cristiano, usted hubiera visto, don, esa criaturita de rodillas, con la carita llena de moco, le hacía así tipo rezo con las manitos para que no le pegue más, don. Le marcó toda la espalda.

No entendí bien por qué se enojó tanto el padre, pero parece ser que el nene ya tenía una conducta… cómo le puedo decir… como de mujercita, ¿vio? Esto contado por la mujer de mi sobrino, el Kelo, que es maestra de música en la

escuela del nene.

Bueno, cuestión que la madre se puso como loca y ahí fue que agarró la olla. Sí, la pesada, y se la soltó arriba de la cabeza, y ahí el otro quedó así desorientado, nomás te digo, y parecía que iba a decir algo y nada no dijo, y cayó, así, seco.

Ahí recién le pudimos sacar a la criatura de las manos. Le había quebrado un bracito, don. Le salía el huesito para afuera de tanto atajarse el palo del rastrillo.

Yo ya me había dado cuenta ya que el Hugo Quiroga era violento, si los fines de semana se iba por ahí y venía re mamado, gritando por la calle desde la ventanilla del auto. Se ve que ella se lo aguantaba, hasta que se metió con el gurisito.

Una madre siempre va a saltar por el hijo, don, qué quiere que le diga. Yo vi cómo le pegaba, yo estaba ahí. Yo había ido a cobrarle los dos litros de salsa de tomate, don.

22

—¡No me vas a decir que todavía no la pusiste! —exclamó el abuelo, con la cara colorada de tanto sol y vino—. ¡Mirá que van a pensar que sos puto, eh!

Duilio clavó los ojos en el agua transparente de la pileta mientras sentía que las mejillas iban poniéndosele cada vez más rojas.

—Yo a tu edad… —continuó él—. ¿Cuántos años tenés vos, nene? ¿Catorce? Yo a tu edad ya me había cogido a todas las sirvientas que tuvimos. Era una máquina, nene. Por algo te habrán puesto el nombre del abuelo.

A Duilio le habían puesto ese nombre, sin embargo, porque el abuelo había reclamado que tenía nueve nietos y ninguno se llamaba como él. Su madre, primeriza y perdidamente enamorada del hijo de don Duilio, Rogelio Benítez, aceptó sin chistar. Benítez, Duilio Antonio, le pusieron. Antonio por San Antonio.

—Cuando cumplí doce años, mi padre me dijo “hijo, ven í”, me subió a la chata y me llevó hasta un cabarute que había allá, por Lomas.

“Los muchachos ya me habían avisado. Agarrate una veterana, me habían dicho, esas cogen mejor. Y era cierto.

“Me fui para arriba con la Isa, cuarentona, unas tetas así, mirá. ¡Mamita querida! ¡No sabes la paja que me hice con esas tetas! Y después le dije que me entregue el culo y agarró viaje enseguida. Así, a pelo, flor de puta era la Isa.

“A vos te deben estar saliendo pelos de tanto hacerte la paja. A ver, mostrame las manos. ¡Ja! No ves lo que te digo, mirátelas, todas peludas. Le voy a decir a tu padre que te lleve antes de que te quede la pija pegada a los dedos, algún día le vas a contar a tus nietos que el abuelo Duilio te hizo coger. Vos deciles que tenías diez, once años. Si se enteran de que ya tenías catorce van a pensar que eras medio trolo”.

Duilio era bastante trolo, pero el abuelo no se daba cuenta. Ya estaba viejo y cada vez tomaba más vino. Ciertamente se le escapaban los detalles y se olvidaba de las cosas con frecuencia, pero de la virginidad de su nieto más chico no se olvidó.

A Rogelio Benítez le pareció buena idea llevar al hijo a coger. Lo veía demasiado blandito, incapaz de patear una pelota o de cambiar una garrafa de gas. Hasta se lamentó porque no se le había ocurrido antes.

A Duilio le gustaba andar por los rincones haciendo dibujitos, pintando, armando cositas de mujeres. No tiene un solo amigo varón, repetía Rogelio. La madre decía que su hijo era artista. Tu hijo no es artista, Marta, la corregía el marido. Tu hijo es trolo, flor de trolo. Y si no deja de hacer esas mariconadas, lo

van a cagar a trompadas con justificada razón y yo no voy a poder hacer nada.

Y Marta se asustaba. Se asustaba en serio, porque tenía mucho miedo de que le maten al hijo. Y que no te quepa duda de que te lo van a matar, eh, le advertía Rogelio. Y yo no voy a poder decir nada, si miralo cómo es.

Fue así que, para los quince, el vestido de lentejuelas fue una camiseta de Racing y el viaje a Disney con las chicas fue un viaje al cabaret con su padre.

—¿Estás nervioso? —preguntó Rogelio, estacionando frente a la whiskería.

Duilio no respondió. No estaba nervioso, estaba triste.

—¿Te gustan las más grandes? —insistió el padre—. Las veteranas te hacen todo bien. ¿Te gusta que te la chupen, no?

—No sé —dijo Duilio.

—¡Cómo no sé! Claro que te gusta que te la chupen. A cualquier hombre le gusta que le chupen la pija. Ahora vas a ver.

Pero Duilio no vio mucho, cuando entraron el salón estaba en penumbras. A lo largo de la pared había una barra en la que atendían dos tipos que habrán tenido la edad del abuelo. El lugar estaba lleno de butacas que de a ratos parecían rojas y después cambiaban a violeta, por efecto de la luz negra. Había espejos en todas las paredes.

Se sentaron y se les acercó una de las chicas, una rubia, de rulitos, muy jovencita. Duilio la miró un rato largo, como haciendo fuerza para gustar de ella, pero no le salía. No quería verle las tetas, aunque ya las tuviera afuera. No quería hacerse una paja ahí. Mientras la escuchaba hablar con su padre, le leyó el tatuaje en la muñeca.

—¿Quién es Kevin? —preguntó.

La rubia lo miró y le sonrió, pero no dijo nada. Se tapó el tatuaje con unas pulseras que tenía y avisó que ya volvía.

—¡Así que te gustó esa, eh!

Qué contento estaba papá. Nunca lo había visto sonreír así. Supuso que aquel lugar lo entusiasmaba tanto como al abuelo y que cuando uno se casa y ya no puede ir más, termina extrañando. Sin embargo, le resultaba ridículo que alguien pudiera extrañar un lugar donde uno tiene que pagar para que le hagan creer que lo quieren coger.

Miró más allá y vio a una de las chicas muriéndose de risa en el regazo de un señor pelado. El señor tenía saco y corbata, el bigote blanco, bien prolijo, y un reloj que ella no dejaba de elogiar. El viejo le dijo algo al oído y la hizo estallar en una carcajada tan falsa como la peluca que llevaba puesta. Luego, se le tiró de cabeza entre las tetas, ella lo dejó y hasta se las refregó en la cara mientras se tomaba lo que quedaba de su vaso.

Le avisó, sin pedir permiso, que le traería otro. Él respondió que sí, que se

pidiera algo para ella, y cuando la flaca se puso de pie, le enterró la mano debajo de la falda. Ella se rio, pero en el instante en que el viejo puso los ojos en otro culo aprovechó para dedicarle una cara de asco.

La rubia volvió con los tragos y se sentó en las piernas de su padre, abrió el porrón de cerveza y se lo pasó.

—Así que venís a festejar tu cumpleaños, eh —le dijo ella.

Duilio agarró la cerveza y la sostuvo con ambas manos. Le daba vergüenza responder y escuchó que su padre decía que era medio tímido, que esos eran los peores. La rubia se reía como la otra, la de la peluca, y Duilio la miró un ratito para imaginarse cómo sería su cara de asco cuando se bebiera el licor de su padre y fuera por otro.

No estaba seguro de que su madre estuviera de acuerdo con aquella fiesta de cumpleaños, pero no se animó a preguntar. Su padre estaba chocho con él y le gustaba verlo así, aunque fuera en medio de un salón en penumbras y lleno de prostitutas.

—Vos mirá bien y decime cuál te gusta.

—Bueno —respondió Duilio. Tenía mucha vergüenza de mirarlo a los ojos.

—¿Te gusta esa? Tiene lindo ojete.

—Puede ser…

—Tomá la cerveza, que se calienta y sale cara, hijo, no seas pelotudo.

—Perdón —se apuró a decir Duilio, y bebió.

Después de tragar, vio su cara de asco en un espejo y pensó que era parecida a la de la piba de la peluca.

—¿Y aquella, te gusta? Bien tetona —insistió Rogelio.

—Sí, también.

—¿Te gustan más las tetas o los culos?

—No sé, lo dos.

—¡Esa! ¡Hijo de tigre!

Empezó a percibir que su padre estaba haciendo un esfuerzo para ser amable con él y aquello lo desalentó un poco.

Pusieron la cumbia más fuerte y la rubia de rulitos comenzó a bailar encima de Rogelio, sacándole de las manos el segundo vaso de licor.

Sin soltar la cerveza, Duilio miró a su alrededor. Estaba angustiado, quería irse a casa. Le repugnaba tener a su padre al lado, con una erección y una adolescente bailándole en tetas, mientras estaba rodeado de abuelos sin abuelas que derrochaban la jubilación con la esperanza de sentirse atractivos quizás por última vez en su vida.

Duilio hubiese querido festejar sus quince años de otra forma, hasta había pasado noches enteras sin dormir, imaginándose el evento.

Sería en un salón de paredes y cortinas de terciopelo, todo blanco, pero con escaleras doradas por las que bajaría ella, envuelta en un vestido de fiesta azul oscuro, corte sirena, bien al cuerpo, con unos tacos altísimos, negros, con detalles de piedras. Sonaría “My Heart Will Go On”, cantado por Céline Dion, y hubiese sido obligatorio que todos los invitados asistieran de punta en blanco, con sus carteras sobre delicadas y sus corbatas de seda. Cenarían pavo. Sí, pavo, como en las películas de Hollywood. Mucho pavo y nada de ensalada rusa. No tenía idea de qué sabor tendría el pavo, se imaginaba que era como un pollo, pero más elegante.

No habría carnaval carioca ni bailarinas de música árabe, como había tenido Andrea, porque le parecía lisa y llanamente una grasada. Ella haría algo con categoría, sin dudas. Alguna presentación de ballet, por ejemplo.

Pero Dios le da pan al que no tiene dientes, pensó Duilio, mientras recorría el salón en busca de una escena donde pudiera poner los ojos. Recién entonces la vio.

Estaba sentada en la barra, sola. Duilio nunca había visto una piel tan perfecta. Bajo la luz de fiesta, su rostro parecía brillar como brilla el césped a la mañana temprano.

El peso de la mano de su padre en el hombro lo devolvió a la realidad.

—¿Esa te gusta?

Lo miró y no le respondió, pero Rogelio no dejaba de sonreírle mientras asentía con un gesto de la cabeza. Le dijo que sí, como para dejarlo contento.

Lo escuchó chiflar, uno de los abuelos de la barra lo miró y él le hizo señas para que le mandara a la piba, la que estaba ahí sentada, para el nene (y lo apuntaba con el índice). Él y la rubia de rulitos se sumieron en la oscuridad de los sillones de cuero que estaban un poco más allá, cerca de los baños, donde los ojos de Duilio no alcanzaban a distinguir qué estaba haciendo su padre con las manos.

La voz profunda de la mujer le llenó los oídos y lo obligó a voltear.

—¿Qué hace un pajarito como vos en una jaula como esta? —le preguntó.

Él no se animó a responder y prefirió llenarse la boca con cerveza tibia. No pudo evitar la arcada.

—¿Vas a vomitar?

—No, no —se apresuró a responder—. Es que… no me gusta mucho la cerveza.

—Me parece que la cerveza no es lo único que no te gusta por acá, ¿o me equivoco?

Esquivó la pregunta con una sonrisa amable. Ella giró la cabeza y vio la montaña de dedos y cabello que era la silueta de Rogelio con la rubia en el

rincón.

—Vení, acompañame —le pidió.

—Pero…

—Acompañame, no te va a pasar nada —insistió, extendiéndole una mano huesuda, de uñas largas y coloradas—. Yo me llamo Valeria.

Cuando la mujer lo agarró de la mano, Duilio sintió que el pecho se le ponía duro y le faltaba el aire, como la vez que el profesor de gimnasia lo encontró en el baño, sosteniéndole el pito a Ferreira, que lo tenía rígido y caliente y lo frotaba desesperado contra sus dedos flacos.

Ella lo llevó para atrás y cuando pasó cerca de su padre, sintió la palmada en el hombro y el vamos, campeón que le susurraba. Nunca le había dicho campeón, eso lo hizo sonreír. Apretó fuerte la mano de la piba y la siguió escaleras arriba, decidido.

Duilio ya había sentido antes el olor de las toallitas femeninas usadas, pero nunca tan fuerte como en el baño sin puerta de la piecita donde Valeria lo metió.

—¿Así que te trajeron a debutar, eh? —preguntó.

—Sí —dijo él, dejando la botella de cerveza caliente sobre la mesita de luz, junto a un cenicero lleno de colillas.

—Y no querés saber nada…

Él no respondió, no sabía qué decir. O sí sabía, pero no estaba seguro de querer contarle a ella, que después de todo era una prostituta de cabaret anónima.

—Los padres son complicados, mi amor —agregó Valeria, revolviendo la cartera.

Encontró un paquete arrugado con un par de cigarrillos adentro. Se llevó uno a la boca, lo encendió y fue hasta la cama.

—A mí me llevaron a debutar a los trece —dijo ella.

—¿Qué?

Pensó que había escuchado mal y la miró fijo. Ella sonreía mientras daba una pitada. Se tomó todo el tiempo del mundo para tragar el humo, largarlo y volver a hablar.

—Mis tíos, mi abuelo y mi viejo. Salida familiar al puterío.

Valeria se rio de su propio recuerdo y lo contagió un poco.

Él se imaginó a sí mismo con un vestidito blanco, como de comunión, y unos guantecitos de encaje, bien delicaditos, caminando del brazo de su madre. Estaban como en un zoológico, pero en vez de animales, las jaulas estaban llenas de hombres y mujeres cogiendo. Su madre sacaba un paquetito de la cartera y vaciaba el contenido en una jaula. Eran preservativos, no golosinas. Los enjaulados se acercaban desesperados a agarrarlos.

—No te imaginás lo mal que la pasé esa noche. Vos por lo menos te

encontraste conmigo, que soy súper simpática, ¿o no? —dijo ella y le acarició la cabeza despacito.

Sonrió, pero no entendía muy bien qué estaba a punto de suceder.

—No te asustes, no te voy a coger —agregó Valeria—. Pero vamos a hacerle creer a tu viejo que sí, porque de otro modo te va a seguir trayendo hasta que la pongas. Y a vos no se te debe ni parar, mamita.

Valeria sabía. De alguna forma, lo había descubierto. Había descubierto sus ganas de escaparse corriendo de ese antro, pero también sus sueños de fiesta de quince con vestido corte sirena y salón con cortinas de terciopelo blanco.

—Yo…

—No me tenés que explicar nada. Entre nosotras nos reconocemos. Como… cuando dos inmortales se encuentran en el mismo lugar y se presienten. ¿Vos viste la película del inmortal, la de Christopher Lambert? ¿No?

—No.

Valeria hizo un gesto de desaprobación y apagó el cigarrillo como pudo entre las colillas del cenicero de la mesita de luz.

—Mirá, te voy a mostrar una cosa —dijo finalmente, poniéndose de pie.

Caminó, como desfilando, alrededor de la cama. Duilio no sabía qué esperar, se notaba que estaba drogada. Sonreía y de verdad que era hermosa, pero él no quería. No, no es que no quería; no podía. Simplemente no podía, pero hubiese querido. Todo es más fácil cuando te gustan las mujeres. Ella tenía la cola paradita y unas tetas preciosas, pero no. A él lo calentaba el pito rígido y caliente de Ferreira, no esas piernas sin pelo y esos pezones redondos y mordidos que asomaban debajo de la blusa.

Ella se paró frente a él y comenzó a desvestirse despacito. La escuchó bajar el cierre de la falda en la penumbra y dejarla caer sobre la alfombra sucia. La vio enrollar los dedos en la tanga y bajársela también, sin dejar de bailar al compás de la música que ella misma tarareaba.

Duilio no quería mirar, pero sentía curiosidad. Nunca había visto una mujer desnuda, salvo a su madre, pero ya ni se acordaba. No le gustaba ver mujeres desnudas. No le gustaban esos cuerpos que tenían todo lo que él quería tener cuando se iba a dormir y, bajo las sábanas, se ponía el pene flácido para atrás, lo sostenía entre los muslos y por un ratito dejaba de ser Duilio Antonio y jugaba a que se llamaba Carina y tenía concha, una concha chiquitita y rosada, como las conchas de las nenas que cumplen quince años y se van de paseo a Disney con sus amigas, no al cabaret con su padre.

Recién cuando tuvo la tanga a la altura de las rodillas, Valeria separó las piernas. Aún en la penumbra, Duilio pudo distinguir el pene que le colgaba, pero recién cuando escuchó la carcajada notó que se había quedado con la boca

abierta.

—Yo quiero ser como vos —le dijo.

—Vos tenés que ser como vos, nena —replicó la otra, subiéndose la tanga y acomodándose la carne entre los muslos.

—No me gusta ser como yo. Yo quiero ponerme bombachas, vestidos…

—Por más bombachas y vestidos que te pongas, siempre vas a ser vos, loca. No te tenés que olvidar de eso, sino vas a terminar como las guachas esas que se mueren tratando de cortarse la pija o que se tiran abajo del tren una madrugada porque no pudieron más. Así que empezá a gustarte desde ya, no le cagues el viaje a nadie, que la gente que anda en tren tan temprano tiene que llegar a trabajar, pelotuda.

Duilio sonrió. Ella prendió otro cigarrillo y se sentó a su lado. Lo rodeó con el brazo, casi con misericordia, y le corrió el flequillo de la frente.

—Y entonces, ¿quién sos? —le preguntó, y el humo denso del cigarrillo dibujó un círculo perfecto que trepó hasta el cielorraso.

—No estoy seguro… No estoy segura. Siento que ya cambié tantas veces desde que me levanté hoy a la mañana...

—No entiendo qué querés decir —respondió la otra—. Explicame.

—No sé explicarme, no me siento yo mismo. Ser tantas personas a la vez es muy difícil.

—Ni un poco — sentenció ella—. Si este Ricardo Ezequiel que ves acá enfrente tuyo se aguantó a sus tíos agarrándole el pito para metérselo a alguna desgraciada que no vio nunca más, vos te podés aguantar a ese pelotudo que te tocó de padre.

Valeria se puso de pie, sujetando el cigarrillo con los labios, y caminó hasta la puerta.

—Un par de años más y agarrás la ruta, hacés la tuya. Pero querete, tarada. Querete mucho, porque si vos no te querés, no te va a querer nadie. Querete a pesar de la gente de mierda que busca convencerte de que estás enferma. Querete para poder sobrevivir. Querete para poder cuidar a las que son como vos, o como yo, pero no se quieren. Querete aunque te traten peor que a un hongo que crece en la comida. ¡Total, qué saben los hombres sobre los hongos! Vos elegís a qué lado aferrarte. Un lado te va a hacer crecer, el otro lado te va a hacer destruir.

—¿Un lado de qué?

—¡Del hongo, tarada! —exclamó Valeria, azotando la puerta a sus espaldas.

Duilio permaneció en silencio, sentado sobre la cama, con los brazos envolviéndole el cuerpo flaco, como si tuviera la urgente necesidad de un abrazo pero sólo se tuviera a sí mismo. Las lágrimas le rebalsaron los ojos y tuvo que secarse con las mangas de la camisa para que su papá no se diera cuenta.

Un rato después se puso de pie, caminó hasta la puerta y antes de abrirla, volteó a mirar el cuartito por última vez.

—Felices quince, Carina —murmuró, y salió de la habitación.

23

Nabucodonosor Mamaní se paró frente al espejo y se miró el torso, desnudo. Gordo tetón, le había dicho el William Godoy y todos los niños de su calle se le rieron. Gordo tetón, gordo tetón, ponte la pollera, quítate el pantalón.

Era cierto: Nabucodonosor tenía tetas. Unas tetas más grandes que cualquiera de las niñas de su clase, unos picos de carne que parecían desprenderse de su pecho, como queriendo arrimarse al horizonte. Ginecomastia, le habían explicado a su madre hacía un par de años.

Qué bonito es el William Godoy, pensó, apretándose la carne y sacando las tetas para afuera. Quiero que sea mi esposo, el William Godoy.

El William era descendiente de ingleses. Habrá sido por eso que las mejillas pálidas se le ponían bien rosadas si se escapaba a jugar a la siesta bajo el sol que hervía y que le brillaba en los bucles dorados y en la pelusa tímida que le crecía sobre los brazos. ¡Qué lindos hijos tendrían!

Nabucodonosor, en cambio, era negrito. Hijo de indios, con los ojitos oscuros y achinados, como puñaladas, y esas tetas redondas y grandotas que le dibujaban un escote de mujer cuando vestía de camisa para ir a la iglesia.

¡Tenía que apurarse! Lo estaban esperando y él ya tenía todo listo.

Lo primero que hizo fue meter la cabeza por el agujero del cuello de la remera roja. Se aseguró de que todo el cabello quedara cubierto por la tela y luego se acomodó la prenda en el margen de la frente y la dejó caer sobre su espalda. Si cerraba los ojos, se sentía como pelo de verdad.

En segundo lugar, se puso la base compacta, tono *esplendid soft broun eskin*, que le había robado a la tía, la que vendía los cosméticos por catálogo.

Después de la base, los labios. *Suiet cherri lips* número 45, escogió, pensando en que quedaba bien bonito para su color de piel. Ocurre que siempre hay que escoger una pintura de labios que vaya bonita con el color de la piel, le decía la tía a las vecinas que se reunían a tomar el café y echarle un ojo al catálogo.

Para los ojos, *grin jope eye-chadow*. Jope significa esperanza, repetía, mientras se embadurnaba los párpados con delicadeza, intentando imitar la voz solemne de la tía. Sombra y delineador, *perfect-eyelines*. Quedó precioso.

Ahora la ropa. La ropa era lo más difícil, porque nunca le quedaba del todo bien. Y Nabucodonosor sabía que la ropa no le quedaba bien porque era varios talles más chica, porque él era gordo, gordo y tetón, y la malla verde que le había robado a su prima se acomodaba apenas en ese pecho de paloma y le marcaba los pezones y tenía que tomar aire y ¡ay! meter la panza y ¡casi, casi! pararse derechito…

Listo. ¡Estaba hermosa!, idéntica a la Hiedra Venenosa, la de Batman.

Afuera la gente empezaba a aburrirse, los escuchó silbar y aplaudir como la aplaudían a la ballena Willy cuando no quería salir a hacer su show.

Se miró al espejo una última vez, dio una vueltita, chequeó las costuras de la malla, se acomodó el peinado de tela y salió a la pasarela, tirando besos.

Desde el comedor le llegaba el ritmo del Sucu Sucu que cantaban los Tucuypaj y ahí estaba Hiedra, saludando al público que había venido al desfile en una de las tiendas más exclusivas de Santa Cruz de la Sierra.

Estaban la Batman, la Rambo, la Hombre Araña (con un vestido que ella misma le había cosido) y el increíble Hulk con la camisa rota, mostrando los brazos. También habían ido las muñecas Clarisa (la que era secretaria y la que era ama de casa) veintisiete soldaditos de plástico verde y el oso Pepe. Todos le sonreían y la saludaban con la mano cuando la veían pasar.

¡Estás hermosa!, le gritó el increíble Hulk, y Hiedra puso cara de compromiso porque estaba cansada de tener tantos pretendientes.

Desfilaba al ritmo del Sucu Sucu, moviendo un poco las tetitas y otro poco la colita. Le hizo ojito al espejo de la cómoda, que era donde estaban las cámaras, y después fue a pararse frente al jurado, que eran nada más y nada menos que la Robocop, la Max Steel y la Gokú.

Hiedra había estado practicando su discurso todo el día, pero no era lo mismo hacerlo frente al espejo que frente al jurado.

Su asistente le pasó el micrófono con forma de desodorante.

—Bueno, muy buenas noches. Mi nombre es Hiedra Mamaní —comenzó. Le temblaban las manos de emoción—. Quisiera agradecerles por esta oportunidad de desfilar para Miss Santa Cruz. ¿Qué por qué quiero ser Miss Santa Cruz? Bueno, porque si salgo Miss Santa Cruz el William Godoy se va a casar conmigo y no me va a decir más que soy un gordo tetón. ¿Qué cuál es mi sueño? Pues, en primer lugar, la paz en todo el mundo, de los bellos países. Y si no alcanza con todo el mundo, por lo menos que sea la paz de Bolivia. O de Santa Cruz, por lo menos deseo la paz de Santa Cruz. Y de mi casa. Aunque sea que cada Miss desee la paz de su casa. ¿Qué por qué me tienen que elegir? Bueno, primero porque soy muy hermosa, pero además también porque soy muy inteligente y muy valiente...

Escuchó el sonido inconfundible del portoncito del frente y se olvidó del jurado. Corrió hasta la ventana, que daba a la calle, y vio que estaba abierto. Alguien había llegado.

Fue hasta la puerta cerrada del dormitorio y apoyó la oreja. El recién llegado era su padre, que le daba las buenas tardes a su madre.

—¿Y su hijo? —lo escuchó preguntar.

Nabucodonosor sintió que se le ablandaban las piernas. Se sacó la remera roja de la cabeza y corrió lo más rápido que pudo para meterse debajo de la cama. Se quedó ahí, observando, hasta que se abrió la puerta del cuarto. Cerró los ojos con fuerza.

Cuando volvió a abrirlos, tenía los zapatos de su padre pasando a escasos centímetros de su rostro. Él daba vueltas en círculo por la pasarela, contemplando la escena mientras preguntaba con voz de enojado que qué era toda esa mierda, que qué era toda esa mariconada. Que dónde estaba el Nabucodonosor.

Por favor, que no me encuentre, suplicaba él, refregándose para quitarse el maquillaje mientras la Gokú lo miraba desde el otro lado de la habitación. Mentirosa, no eres nada valiente.

Nabucodonosor Mamaní se escondió ahí un rato largo, mientras se refregaba la sombra barata de catálogo desparramada en las mejillas saladas de tanto transpirar, semidesnudo, con la mugre del piso pegada a sus tetas gordas y las tetas gordas pegadas a ese corazoncito suyo, gentil y diminuto, demasiado frágil para latir con tanto miedo.

24

Mi padre y yo nunca pasábamos tiempo juntos.

No éramos tan diferentes. Teníamos el mismo registro de voz (voz de locutor, diría mi madre), el mismo lunar en el cuello y los mismos ojos, rasgados y hondos, como si allá en el fondo se extendiera el campo nocturno y en un ranchito triste hubiesen dejado encendido un único foco, viejo y lleno de polvo, que amenazaba con extinguirse, cómplice de la oscuridad que quería comerse al ranchito.

No éramos tan diferentes, qué se yo. Pero no nos apasionaban las mismas cosas y creo que eso era lo que no podíamos perdonarnos. Qué imbéciles.

Yo nunca lo acompañé a pescar (él nunca me invitó). Nunca fuimos a la cancha de For Ever ni nos escapamos en la moto a tomar mates a la Sarmiento.

Él nunca fue a mis muestras de dibujo (yo nunca lo invité). Nunca fuimos al cine ni nos escapamos en la moto a tomar un café en ese barcito literario que había cerca de la facultad y que a mí tanto me gustaba.

No permanecíamos demasiado tiempo a solas en la misma habitación. Nos asfixiábamos. Porque yo sabía que a él también le faltaba el aire, yo me daba cuenta. Era como si combatiésemos en silencio por comernos el poco oxígeno que quedaba en un ascensor, sellado y diminuto, parado por horas entre los pisos doce y trece de uno de esos edificios enormes donde los vecinos no se conocen más que por chusmear la correspondencia de los demás a escondidas.

Fue por eso que cuando abrí la puerta y lo vi acomodándose la corbata frente al espejo me puse tan nerviosa.

—Hola —dije, pero ni me contestó.

A veces, a la mañana temprano, cuando lo agarraba recién levantado y medio dormido, le decía hola y él gruñía algo parecido a un buen día. Después era como si a lo largo del día se acordara de José Miño y de por qué no me dirigía la palabra.

Esa mañana, Sosa había ido a hacer un mandado a lo de la Fabiana.

—¿Qué hacés, Sosa? —dijo Miño cuando lo vio entrar.

Miño era peón de campo retirado y hablaba a los gritos, con uno de esos vozarrones que espantan caballos. Siempre contaba que una vez le mató de un infarto el canario a su patrón.

—¿Cómo le va, Miño? —dijo Sosa, apoyando una leche y una manteca en el congelador que tenía la Fabiana al lado de la puerta del negocio.

—¡Acá andamos! ¡Desubicado como chupete en el culo, Sosa! No se imagina lo que vi el domingo a la mañana.

Sosa se sonrió, esperando otra anécdota protagonizada por alguna de las putas con las que se divertía el borracho del barrio.

—A ver, Miño, cuénteme qué vio.

Miño se relamió. Se relamió literalmente. Sosa lo vio y se dio cuenta de que, esta vez, la puta era él.

—Siete y veinte, yo venía por acá, por la Italia, a la altura del poli. Le estaba paseando al Esparqui, el caniche de mi nieta, la Micaela.

—Apure el trámite, Miño —interrumpió Sosa, nervioso.

—Espere, hombre, no sea ansioso. Bueno, cuestión que para un remís, ¿vio? Y ahí veo que de adentro sale flor de yegua. ¡Pero usted no se imagina lo que era, Miño! ¡Un ojete precioso!

—Fabiana, ¿tenés salchichón primavera? —volvió a interrumpir Sosa.

Fabiana tardó en responder porque estaba distraída escuchando el cuento de Miño.

—Con jamón nomás, don.

—¡Salchichón primavera tenía esta que le cuento, Sosa! —exclamó Miño.

—Bueno, dame igual —dijo él.

—¿Cuánto le corto?

—Doscientos, bien finito…

—¡Escuche, Sosa! —reclamó Miño—. Cuestión que se da vuelta para cruzar la calle. ¡Mamita querida! ¡Menos mal que no le grité nada porque era flor de mariposa!

Sosa no quería escuchar más. Le empezó a doler el estómago y sintió que la garganta se le ponía dura.

—Fabiana, ¿aceite suelto tenés?

—No me quedó, don —respondió Fabiana, mientras cortaba el salchichón con jamón bien finito y miraba de reojo a Miño, sonriendo.

—¡Flor de travesaño era, Sosa! Y menos mal que no le grité nada tampoco porque ¿a que no se imagina quién era, Sosa?

—No me interesa, Miño. Fabiana, ¿a cuánto está la Chat de pomelo?

—Dos con ochenta, don.

—¡Era el Sergio! —gritó Miño a todo pulmón—. ¿Vos sabías, Sosa? ¡Porque yo casi me caigo de culo, eh! ¡El mariposa era el Sergio, tu hijo, era!

Sosa empezó a temblar y sintió que las venas de los ojos iban a estallarle de tanto aguantarse las ganas de llorar. La carcajada de Miño sonaba cada vez más distante. Algo se le había roto adentro.

Ese día, don Sosa no llevó el salchichón con jamón, ni la Chat de pomelo, ni agarró la leche y la manteca de arriba del congelador que tiene la Fabiana en la puerta del negocio.

No volvió a almorzar ni apareció para tomar mates con su señora, a las cinco, sentados en la vereda, en las silletas de lona. Ella se sentaría en la verde, que es la que está más sana. Él se sentaría en la amarilla y pondría la pava y el mate al costado, sobre un cajoncito de fruta, y saludaría a los vecinos que vuelven del trabajo y a los nenes que van al almacén con esquelas arrugadas en las manos. Y el Sergio y la Cintia, todavía gurisitos, correrían por la vereda. La Cintia tendría puesta la malla de danza y el Sergio la camiseta de For Ever que le habían regalado cuando cumplió los cuatro.

Pero el Sergio siempre se sacaba la camiseta. Pero el Sergio siempre lloraba porque quería ponerse la malla de danza de la Cintia. Un ratito por lo menos, papi, le suplicaba el Sergio. Dejame un ratito, por lo menos.

—Dejame —le dije y se sobresaltó.

Creo que no se esperaba que me acercara tanto, pero me dio pena el esfuerzo que hacía para anudar la corbata. Nunca había aprendido, mamá lo había hecho por él toda la vida (o por lo menos, desde que mi padre había comenzado a tener motivos para usar una corbata.) Yo sí sabía. A mí, mamá me había enseñado.

Él bajó la vista mientras le acomodaba la corbata y el cuello de la camisa. Creo que lo perturbó ver a su varón haciendo lo que todavía esperaba que su mujer hiciera por él, como si se rehusara a entender que era ella a quien velaban en la habitación de al lado.

MARIPOSA

“Y ahora nosotros tomamos el control,
somos los dueños del pabellón.
Estamos cansados de tanta represión
y vamo’ a tocar de esta prisión.”
DAMAS GRATIS

25

Me temblaban las manos mientras intentaba acertar la llave oxidada en la puertita del cuarto. El murmullo de una radio flotaba en la quietud del pasillo húmedo y abarrotado de plantas, que de a poco iba llenándose del sol del domingo.

Abrí la puerta y me invadió la imagen del tipo, viniéndoseme encima, con los ojos inyectados en sangre y los dientes apretados.

Sacudí la cabeza y entré, tambaleándome.

El cuerpo me dolía tanto que un par de veces sentí que simplemente dejaría de responderme.

Solté los tacos sobre el trapo de piso que había en la entrada y largué el bolso en la cama. Me desvestí y arrastré los pies hasta el baño. Encendí la luz y ella estaba ahí, en la bañera, desnuda. Temblaba mientras fumaba un cigarrillo y me miraba fijo.

—Me duele no haber estado ahí con vos —dijo Galaxia.

Yo me apoyé en el lavamanos y me miré al espejo un rato largo. Me pasé la yema de los dedos por los labios, me rocé los pezones y fui bajando por el vientre hasta encontrarme con *eso.*

Le puse el tapón a la bañera y la fui llenando de agua tibia mientras le agregaba unas sales de baño que me había regalado la Lucy para Navidad. Vacié lo que quedaba del frasco, abrí el botiquín y agarré las hojitas de afeitar.

—¿Vas a desayunar, Sergio? —me preguntó mamá.

Giré y la vi apoyada en el marco de la puerta, cebándose un mate.

—No, gracias —le dije, dejando las hojitas de afeitar en el borde de la bañera, que hicieron un sonido suavecito, parecido al clic que activa el engranaje de una máquina negra y enorme, como un monstruo con colmillos afilados y ojos de fuego, ansioso por devorarse el corazón de un desdichado.

Galaxia se paró detrás de mamá y le susurró al oído.

—Pregúntele qué va a hacer con las hojitas de afeitar.

—¿Qué vas a hacer con las hojitas de afeitar, Sergio? —preguntó mamá. Yo estaba demasiado cansada para responder.

Me metí despacito en el agua y sentí que mi cuerpo se deshacía como se deshace una cucharada de miel en una taza de té.

Cerré los ojos y el baño se llenó del olor al desayuno de mamá; café con leche con tostadas, dulce de leche tibio que se despereza sobre un panqueque que acaba de salir de la sartén, jugo de las naranjas que la Fabiana vende a dos pesos la docena.

Mientras tanto, el sol se metía más y más en el baño y los azulejos se pusieron amarillos y el desayuno quedó lejos.

Entonces, sentí el olor que te queda en los dedos cuando es invierno y es de siesta y uno acaba de desgajar una mandarina entre las yemas, mientras desde adentro llega el barullo de la loza que alguien lava después del almuerzo.

Mi pito parecía flotar en la espuma, casi tan blando como el vapor que trepaba hasta el techo lleno de hongos del baño de esa pieza de pensión a la que mis tacos me habían condenado.

Lloré mucho, lloré desconsolada.

El sol siguió trepando por el cielo y los azulejos dejaron de ser amarillos y entonces fueron naranja y fueron púrpura y cuando la luz golpeó las hojitas de afeitar, los azulejos también fueron rojos. Rojos como la sangre que me pintaba las rodillas huesudas.

No hubo más olor a café con leche y la textura de los gajos de mandarina se me escapó de los dedos y tampoco escuché el ruido de los platos sucios que se apilan en la mesada después del almuerzo del domingo.

Las chicharras cantaban sus penas ensordecedoras abrazadas a los lapachos del patio. Cantaban cada vez más alto, cada vez más estridente, llenándome todos los rincones del cerebro.

Me tapé los oídos y cerré los ojos con tanta fuerza que vi a Sergio y a Ximena tomando mate en la vereda de casa, saludando a los vecinos que volvían del trabajo y a los nenes que iban al almacén con esquelas arrugadas en las manos.

Sergio estaba sentado en la silleta amarilla y a mí me había dejado la verde, que era la que estaba más sana.

Papá y mamá corrían por el pasto, descalzos, jugando a los Thundercats. Ella tenía puesta la camiseta de Chaco For Ever y él llevaba el vestido de la princesa Aurora.

Pero papá se sacaba el vestido. Papá lloraba porque quería ponerse la camiseta de For Ever. Un ratito por lo menos, le suplicaba al Sergio. Dejame un ratito, por lo menos.

El Sergio apretaba los dientes y le daba un cachetazo tan fuerte, que papá se caía de espaldas y rompía en llanto.

—¡No seas tan bruto! —le grité.

—¡Me tiene harto el machito de tu padre! —me decía él.

—¡Pará, sobrino, no te pongas así! ¡No digas esas cosas! —gritaba el tío, sentado en el capot de su auto nuevo.

—¡Un día de estos lo voy a matar! —respondía él, y recién entonces me di cuenta de que el mate que me había cebado estaba lleno de hojitas de afeitar.

26

Roly Caire era el relaciones públicas de San Francisco, el bar de moda entre los putos cuarentones que durante la semana yiraban en el corredor Tribunales-Belgrano del subte.

San Francisco abría únicamente los jueves porque allá no se iba a bailar, se iba a buscar con quién coger. A las tres ya no quedaba nadie y por eso había que ir temprano.

A Roly le gustaba San Francisco. Le parecía hasta poética la miscelánea de microalmas que coexistía en esa penumbra de luces de neón, buscándose las braguetas.

El pub no era barato, pero siempre había médicos y algún que otro abogado de la farándula dispuestos a pagar los tragos de los escritores y los músicos pobres a cambio de una manoseada rápida en el darkroom del primer piso.

Una suerte de comunismo etílico se había instaurado por esa consciencia colectiva de saberse más osados después de un par de tragos y el hecho de que todos bebieran del dinero de unos pocos pasaba a segundo plano.

A la una de la mañana, el lugar era un mar oscuro de putos ebrios que se llenaban la boca de amor ficticio y carne tiesa para sentirse un poco menos solos.

San Francisco abría a las diez y media y él esperaba a las maricas en la puerta, vestido de traje, escoltado por un patovica alto como un muro.

Roly los conocía a todos y les decía que buenas noches, que cómo andaban, que el champagne con energizante estaba en promoción, que qué sabían de ese puto que no aparecía hacía rato.

A él también lo conocían todos, por eso se le arrimaban cada vez que necesitaban sexo o falopa.

Él les indicaba a los putos viejos cuáles eran los pendejos que cobraban y cuáles los que choreaban. Sabía quién vendía las pastis menos anfetosas y se hacía el boludo cuando encontraba un par de gramos de merca en alguna mochila, siempre y cuando le dejaran una propina.

Roly era vivo y mordía de todos lados, aunque ya no le hiciera falta. Siempre había sabido con quién relacionarse, de quién hacerse amigo, a quién hacerle favores. Buenos Aires le había dado todo lo que Tucumán le había negado por puto, hasta que poco después de cumplir los veintidós decidió irse para no volver nunca más.

Esa noche hacía calor y los maricones llegaron –por supuesto– todos enjamonados en musculosas de tienda departamental. Cuando Romano se le acercó, pudo verle el arnés de cuero debajo del algodón blanco.

—¿Qué hacés, Caire?

—¿Cómo le va, Licenciado? —dijo Roly, estrechándole la mano y dándole un beso en la mejilla.

Romano se le arrimaba cuando quería merca. Se aparecía por San Francisco cada dos o tres semanas y casi siempre venía con los lobos, un grupo de tipos grandes que compartían gimnasio de lunes a viernes y alguna escapada de feriado durante el año. Últimamente, también se les daba por compartir los pibitos que levantaban los fines de semana.

A pesar de ser demasiado peludos y musculosos para su gusto –de ahí el apodo que les había puesto– en el fondo, Roly se moría de ganas de irse con ellos algún jueves después del laburo.

—Necesito una chica —le dijo Romano.

—¿Una chica? ¿Vos me estás cargando? ¿Así le dicen ahora?

—No, tonta. No una chica cualquiera. Necesito una piba trans, una travesti. Somos cuatro. Ubicame alguna, Roly, haceme el favor. Confío en vos.

¡Cómo decirle que no a Romano, que además de ser hermoso, era dueño de la mitad de Las Cañitas! Pero qué envidia, ¡qué envidia!, pensaba Roly, mientras, trago de por medio, hacía negocios con Galaxia.

Roly la conocía por amigos en común desde la época en que el pub estaba sobre Güemes. Hacían negocios, pero también se permitían compartir un licor en la barra e intercambiar sonrisitas cómplices observando a los putos grandes que llegaban a buscar pendejos haciéndose los narcos y terminaban pagando un champagne entre cinco.

—Coger es cada vez más caro —dijo Galaxia, después de darle una pitada a su cigarrillo.

—¡Qué envidia que te tengo! —exclamó Roly con total honestidad.

—No me ojees, provinciana.

—¡Ojalá que la tengan chica! ¡Todos!

—Callate, estúpida. ¿Cuántos son?

—Cuatro.

—Decile quinientos. Vos agregale lo que te parezca.

—¡Quinientos pesos, qué hija de puta!

—¡Agradecé que no puedo quedar preñada y sacarle un departamento!

Esa madrugada, Galaxia no se tomó el 168 ni se volvió a la piecita con baño privado que compartía con su compañera en Congreso. Esa madrugada, no le gritaron trolo por la calle, ni travesaño, ni maraca, ni viajó en patrullero, ni durmió en una comisaría.

Romano y sus amigos la subieron a un Mercedes negro y la invitaron a un departamento en el último piso de una de esas torres en las que siempre amanece

primero y desde donde puede verse el río. Le convidaron poppers y un poco de merca y unos shots de vodka importado.

Esa madrugada, las esposas se las pusieron ellos. También le vistieron el cuello con una correa y le cubrieron los ojos con una máscara de látex.

A Romano le gustaba coger fuerte. Le gustaba pegar y pegaba con ganas, pero Galaxia no sentía nada. Qué tanto podía dolerle un cachetazo, pensaba.

Se acordó de la vez que un hijo de puta le rompió la nariz de un codazo en una bailanta de Ramos Mejía.

Lamió la sangre de sus propios labios después de una trompada de Romano, no le importó estar lastimada.

Pensó que podría pedirle más guita a los tipos, pero no se animó. Después de todo, ya le habían dado los quinientos pesos que le faltaban para pagar el alquiler.

27

Cuando me desperté eran cerca de las diez y media. Estaba aturdida. Me enjuagué la piel jabonosa y vacié la bañera que había usado de cama un poco más de una hora. Cama o cajón, no estaba segura.

La tierra y la sangre se mezclaron con el agua y ahí estaba yo, de pie, con el cuero dolorido, llorando como testigo que era de la corriente en fuga de ese río turbio que se arremolinaba, llevándose toda mi fe en los hombres. Hombres que querían conquistar mi cuerpo, habitarme por la fuerza, adoctrinarme con la palabra bondadosa del Jesús heterosexual que no pudo ayudarme de piba y tampoco podía ayudarme ahora.

Quería permanecer para siempre en ese instante diminuto que existe entre que abro los ojos y recuerdo quién soy.

Qué soy.

La consciencia de mi identidad me había dado más lágrimas que sonrisas y ya estaba agotada de tanto prometerme que mañana el mundo sería un lugar más amable conmigo.

Estaba cansada de bajar la cabeza con vergüenza cada vez que notaban mi nuez de Adán y de esconder las manos en los bolsillos porque mis anillos no estaban hechos para vestir mis dedos.

Me sequé el pelo frente al espejo, pensando en el día en que comenzaría a caerse. Seré una mujer pelada, pensé. Así, pelada, estaba mamá la última vez que la vi. Qué forma hija de puta tiene el destino de rendirle homenaje a los desaparecidos.

Desnuda y con la piel limpia me fui descubriendo los moretones de la noche anterior.

Me acordé del pánico de Carina, corriendo por San Cristóbal con los tacos en las manos, dejando tras de sí, como un sello en las baldosas, las marcas de sus pies lastimados. También pensé en Hiedra y en sus ojos consumidos por la ira.

¿Será que ellas también habían pensado en arrancarse el pito, esperando que lo que viniera después de eso no las lastimara tanto como ser travestis? ¿Será que ellas siquiera habían podido tomar un baño caliente al llegar a casa?

—¡Dejá de decirle casa a estas piezas mugrientas que nos alquilan!

Galaxia estaba de pie junto al televisor y tenía los ojos clavados en el reflejo de los míos.

Casa, hogar, qué se yo, pensé.

La única casa en la que había vivido alguna vez resultó ser mi primer infierno, mucho antes de ese infierno católico del que la seño Mabel nos había hablado en

catecismo.

Tal vez le decía casa a esa pieza que se venía abajo porque ahí me sentía a salvo, pero entonces me acordé de Galaxia desnuda y dormida para siempre en esa misma bañera. Tuve que apretar los párpados con todas mis fuerzas, ya no quería llorar más.

—¿Por qué me dejaste sola? —susurré—. Tengo tanto, tanto miedo…

Me deslicé gimiendo de dolor en mi cama, que era dura, pero el colchoncito tibio y la penumbra me fueron adormeciendo. Cualquier cama es nido cuando el mundo afuera de las sábanas es demasiado doloroso.

Sentí la mano firme de Galaxia recorriéndome el vientre despacito hasta que sus yemas se encontraron con *eso*. Me acarició suavemente, sentí su respiración en el cuello y mi cuerpo se puso eléctrico.

—Yo no te quise dejar sola —me dijo.

Rompí en un llanto desesperado y le clavé las uñas y el alma en las piernas.

—¡No tengas más miedo!

—¡Me van a matar! —grité.

—¡Entonces no los dejes! —me exigió ella.

Me temblaba el cuerpo, Galaxia me abrazaba con todas sus fuerzas.

—¡No dejes que te maten, por favor!

—¿Por qué te metiste con ese tipo? —le reclamé—. ¡Si sabías que era un enfermo! ¿Por qué me dejaste sola?

—¡Te pido perdón! —me suplicó—. ¡Yo no quería!

La oía y hacía fuerza para librarme de sus brazos. Quería girar en la cama, quedar frente a ella, volver a encontrarme con esos ojos suyos que extrañaba tanto. ¡Necesitaba mirarla! ¡Necesitaba pedirle que volviera, explicarle cuánto la necesitaba!

—¡Yo te quería de verdad! —le grité, sin dejar de retorcerme en la cama—. ¡Yo te quería cuidar!

—¡Y yo te quería cuidar a vos, mi amor! —dijo ella, entre sollozos—. Yo quería ser la casa que nunca tuviste.

Sentí los golpes de puño cerrado en la puerta y me desperté, sobresaltada. Los dedos de Galaxia se escurrieron entre las sábanas y aunque intenté perseguirlos, para cuando abrí los ojos ella ya era un suspiro, como humo invisible, y yo seguía siendo de carne y hueso y rabia.

Volvieron a golpear y me incorporé, pero recién me vestí y salí de la cama cuando escuché la voz de Hiedra gritando mi nombre.

Cuando abrí la puerta, me cubrí los ojos por la claridad de la siesta. Hiedra pasó sin pedir permiso y atrás de ella pasó otra piba. No la conocía, se presentó como Ysis. Era menudita y blanca como una teta. Tiró un hola, permiso, buenas

tardes bastante tímido al que respondí con un gruñido.

Casi como en piloto automático, llené la pava de agua y la puse al fuego mientras vaciaba el mate en el tachito en el que ya no entraba un alfiler. Saqué la yerba con cuidado para no desparramarla en el piso y después revisé los estantes de la cocina, buscando alguna cosa para comer.

—¿Cómo estás, Chaco? —me dijo Hiedra.

—Dormida, todavía —me justifiqué.

—Podemos pasar en otro momento… —comenzó a decir Ysis, pero Hiedra la interrumpió.

—Yo no dormí, Chaco. No puedo. Tengo una calentura que no me entra en el cuerpo.

—¿Por? —pregunté, exagerando la ironía.

Hiedra ignoró mis ganas de sacarme la bronca con la primera que se me cruzara y agarró los papeles que la otra había dejado sobre la mesita junto al televisor.

—Hay una organización de zona sur que está haciendo un relevamiento de datos sobre brutalidad policial hacia las travas y pensé que querrías firmar la…

—¿Y cómo firmo?

—Se firma acá, en esta hojita… —se metió Ysis.

La miré irritada.

—No, no. ¿Cómo firmo?, ¿con qué nombre? ¿Puedo usar mi nombre? ¿Puedo poner Ximena Sosa o la firma perdería validez porque no coincide con la identidad registral de la persona?

Ella no dijo una palabra y me miró con la falsa pena del que murmura "pobrecito" cuando ve un pibito cartoneando. Aquello me hizo hervir la sangre.

—¿Viste que lindo que hablo? —agregué—. Eso que te dije me lo dicen siempre en el hospital y después aprovechan para preguntar de nuevo si soy Sosa, Sergio David, a los gritos, como una maestra enojada. Así, mirá: "¿vos sos Sosa, Sergio David? ¿Sos vos? ¿*Vos*?".

Vociferé como una loca. Ysis miraba a Hiedra con cara de dónde mierda me trajiste.

—"¿Usted es Sosa, Sergio David?" te gritan, y después miran el pasillo, buscando complicidad con algún otro pelotudo que tampoco tenga ni la más puta idea de lo que significa no existir. Al fin y al cabo, ser medio alguien es no ser nadie, ¿no?

—Chaquito…

—¡Chaquito, una mierda! ¡Ximena me llamo! ¿escuchaste? ¡Ximena! Ni la Chaco, ni el Sergio, ni el hijo puto de don Sosa. ¡Ximena!

28

—¡Ximena!

El alarido me sorprendió a mitad del pasillo. Amanecía el sábado y yo recién volvía.

Corrí los pocos metros que me faltaban para llegar a la puerta de casa. La descubrí entreabierta y lo que vino después sucedió todo en simultáneo, o al menos así lo recuerdo.

Se me endurecieron los ojos, prontos a las lágrimas que se rehusaban a aparecer. Llorar significaría reconocer de antemano que algo terrible había sucedido.

Me cuestioné no haber vuelto antes y me acordé de los dos taxistas que no me habían levantado.

Empujé despacito la puerta, arrimando la cabeza antes que el cuerpo.

Comencé a repasar, como por instinto, los planes que Galaxia me había dicho que tenía para esa noche y las pocas cosas que sabía sobre el tipo con el que se estaba acostando.

Abrí un poco más la puerta y me encontré con un par de ojos inyectados en sangre, flotando sobre el rostro pálido de un hombre al que no conocía, pero reconocía.

Estaba tan impregnada de miedo que sentí que la carne de mi cuerpo comenzaba a pudrirse.

El tipo, de pie junto a la puerta del baño, me miró y apretó los dientes. Supe enseguida que era él. Le vi las manos y estaban llenas de sangre y entonces también supe que había hecho algo terrible. Me ardió el pecho (todavía me arde cuando me acuerdo).

Se me vino encima y me empujó contra el muro con tanta fuerza que sentí que todo el aire se me escapaba del cuerpo.

Corrió por el pasillo hasta encontrar la calle; no lo vería nunca más en mi vida.

Me desplomé sobre el piso húmedo del corredor y cuando el cemento me mordió el rostro volví a escucharla, distante, como las voces de las madres que se paran en los balcones a llamar a sus hijos a tomar la leche y cuando los niños no responden comienzan a angustiarse.

—¡Ximena!

No sé cómo hice para levantarme. No podía mover los brazos y sentía como si los oídos se me hubiesen llenado de agua estancada. Me arrastré hasta la puerta y me puse de pie despacio, apoyándome en el marco.

La casa se fue quedando en silencio, como si todos los autos se hubiesen detenido y hasta los pájaros supieran que algo siniestro había sucedido.

No sé cuánto demoré en llegar hasta el baño. Siempre me pregunto eso, cuánto habré demorado.

Cuando la vi, ella estaba en la bañera, desnuda, cubierta de la misma sangre que ahora parecía reptar, como delgadas serpientes de fuego, hasta la rejilla junto al lavamanos.

Grité con todas mis fuerzas, pero no sé si salió la voz.

Me metí en la bañera, desesperada, y la envolví en mis brazos. Ella estaba pálida, tenía los labios azules y respiraba con dificultad.

—Ximena… —susurró Galaxia, y su cuerpo se sacudió.

Quería pedirle que hiciera silencio, jurarle que no le iba a pasar nada malo, que yo me iba a quedar ahí, con ella. Quería decirle que la amaba, pero tenía la mandíbula tan trabada de tanto hacer fuerza para dejar de llorar, que las palabras quedaron atrapadas, ardiendo, detrás de mi nuez de Adán.

—Sh... —alcancé a susurrar.

Le besé la frente despacito y ella levantó la vista para que nuestras pupilas se encontraran. La claridad azul del baño se rompió en un millón de cristales brillantes cuando se hundió en la humedad salada de sus lágrimas y fue entonces que vi la inmensidad del cielo estrellado en el fondo de sus ojos negros. El universo entero cabía en el pasillo infinito que se extendía detrás de sus párpados.

—Galaxia…

—Necesitaba verte.

—Quedate conmigo —le supliqué.

Me mecía despacio, como acunándola con misericordia.

—Adentro del ropero están los tacos negros que a vos te gustan —murmuró —. En los tacos hay plata, mucha plata. Agarrala.

—¿Qué hago con eso? —le pregunté, asustada.

Ella sonrió y me acarició el cuello con una mano temblorosa.

—Comprá vestidos, mi amor. Comprá muchos vestidos.

Las yemas heladas de sus dedos se desprendieron de mi garganta como se desprenden los pétalos de las flores; las estrellas en sus ojos se extinguieron para siempre.

29

—¡Buenos días, argentinos! ¿Cómo amanecieron hoy? ¿Con frío, no? ¿Ya están con los mates calentitos frente al televisor?

—¡Como corresponde, Gabriela!

—¡Eso mismo, como corresponde! Alguna facturita, una pastafrola…

—No, a mí me gusta tomar mate solo a la mañana.

—¡Ay, Mauro! ¡Qué aburrido! ¿Qué va a pensar la señora que está en su casa sirviéndole el desayuno al marido?

—¿Vamos a los títulos?

—¡Vamos!

—Sigue el paro en Entre Ríos. Los gremios docentes manifestaron que no acatarán la conciliación obligatoria. El presidente prometió reunirse con la dirigencia a principios de la próxima semana.

—Secuestros exprés, todos podemos ser víctimas. Una investigación exclusiva de Buenos Días Argentina revela cómo operan las mafias en la ciudad de Buenos Aires.

—Las salideras bancarias se cobran una nueva vida. Una mujer embarazada fue asesinada a balazos por dos motochorros que la esperaban a la salida de una sucursal de Banco Herte en Vicente López.

—Matan a un travesti en Congreso. Cristóbal Ruiz Díaz, alias Galaxia, fue hallado por otro travesti, muerto a puñaladas, durante las primeras horas de la mañana. No se descarta la hipótesis de un ajuste de cuentas.

—Bueno, ya que lo mencionás, Mauro, en este momento tenemos un móvil de Buenos Días Argentina en el lugar de los hechos.

—Así es, Gabriela. Pablo Bracamonte se encuentra en la calle… Alsina al 700.

—¿Esto es Congreso, Mauro?

—¡Pleno barrio de Congreso! Pablo, ¿estás ahí?

—Buenos días, Mauro; buenos días, Gabriela; buenos días, Argentina. Así es, aquí estamos, en Alsina al 700. Esto que ven aquí es el pasillo por donde se ingresa a las piezas que alquilan estos individuos.

—Contame, Pablo, ¿cómo se tomó el barrio la noticia? Veo que hay gente reunida ya en el lugar.

—Decime, Mau… Sí, efectivamente. Los vecinos han aprovechado para reunirse en el lugar y presentar una serie de reclamos a las autoridades policiales.

—¿Podemos dialogar con alguno, Pablo? ¿Te podés acercar?

—Vamos a ver… aquí, si la señora tiene ganas de dar su testimonio. ¡Hola,

señora! Para Buenos Días Argentina, del otro lado la saludan Mauro Marchi y Gabriela Bruschetti.

—Hola, sí, buenos días…

—Buenos días, vecina, Mauro Marchi la saluda, ¿con quién tengo el gusto?

—Hola, sí… Sí, yo me llamo Zulema.

—¿Qué tal, Zulema? Gabriela Bruschetti aquí, tan preocupada como usted…

—Zulema, sí. Bien, bien…

—Cuénteme, Zulema, ¿cómo se tomó el barrio la noticia de un travesti apuñalado por un ajuste de cuentas?

—No, y mal, ¡cómo lo vamos a tomar! Mire, yo soy nacida y criada en el barrio de Congreso, tengo cincuenta y ocho años. Jamás, pero jamás de los jamases, habíamos tenido este tipo de problemas, señorita, ¡jamás!, hasta que este señor, si se le puede llamar así, propietario de la casa, le empezó a alquilar cuartos a este tipo de gente.

—¿Podría afirmar que allí funciona un prostíbulo, Zulema?

—¡Pero por supuesto, querido! Cada vez se ven más travestis en esta zona, ahora que los rajaron de Palermo se vienen todos para acá, ¡yo tengo dos nietos chiquitos! ¿A usted le parece que dos criaturas se pueden criar en un barrio lleno de travestis?

—Para nada, Zulema. Y dígame, ¿qué están reclamando en este momento los vecinos? Veo que hay un grupo numeroso ya reunido…

—Bueno, lo que queremos es que la policía directamente clausure este lugar, que se ha convertido, perdóneme la expresión, en un expendio de droga y sexo. ¡Que desalojen a los travestis, que los saquen! No tenemos por qué aguantar esto.

—¡Que los saquen!

—Comparto completamente, Zulema.

—¡Desalojen a estos degenerados!

—Bueno, vemos que los vecinos acompañan las palabras de Zulema…

—¡A estos putos hay que matarlos a todos!

—Está bastante enojado este padre de familia que está con su nena a upa, ¿no, Mauro?

—¡Antes por lo menos andaban a la noche! Ahora salen a plena luz del sol, te los cruzás en la plaza, ¡en los supermercados! Yo soy una persona que toda su vida hizo lo posible para cuidar el barrio, ¿por qué me tengo que aguantar esto a una cuadra de mi casa y con dos nietitos?

—Con certeza, Zulema, con certeza. Muchas gracias. En un momento vamos a volver al móvil junto a vos, Pablo.

—Hasta lue…

—Bueno. Un espanto, Mauro, ¿no?

—No hay otra palabra que pueda definirlo, Gabriela. A ver, tengo una información de último momento… Según el testimonio del fiscal, el compañero del travesti asesinado, Sergio Sosa, alias… Eximena, qué nombre raro se eligió, Eximena, decía, no quedaría demorado por el momento y ya habría atestiguado.

—Te digo que yo tampoco descartaría la hipótesis de un crimen pasional, Mauro.

—Sin lugar a dudas. Te cuento que en un momento vamos a estar dialogando con la licenciada… María Bedel. Ella es especialista en trastornos de la personalidad y nos va a explicar un poco sobre la cuestión del travestismo y todo lo referido a este tipo de desviaciones psíquicas.

—Interesantísimo tema.

—Así es, Gabriela. Pero bien, es momento de pasar de los travestis a algo más lindo, ¿no?

—¡Por favor!

—¡Así arrancamos bien el día, Argentina! Contame, Gabriela, ¿se casa o no se casa la hija de Susú Lucero?

30

Nos habremos tomado el tren a eso de las seis menos diez, menos cinco. De Capital para el lado de zona Oeste no iba nadie.

Nunca voy a poder agradecerle a la Lucy cómo me había acompañado esos últimos días.

Por supuesto, los periodistas se olvidaron rápido que a Galaxia la habían matado a puñaladas. Un par de días después, ya pudimos volver a la pieza.

Entramos y atrás nuestro llegaron a golpear la puerta. Era Aníbal. No me dijo ni hola, mucho menos me preguntó cómo estaba.

Supongo que se habrá quedado con la historia que los noticieros contaron, que Galaxia y yo éramos dos putos pasados de merca que metían a cualquiera a coger a la pieza y que tuvimos la mala suerte de que nos afanaran.

Mala suerte es ser travesti.

Mala suerte es tener que llevar una vida ficticia con un nombre ficticio.

Mala suerte es ser la presa favorita de la cana.

Mala suerte es que los presidentes no gobiernen para vos y que tu viejo no te quiera porque sos demasiado sensible.

Mala suerte es que en el hospital te llamen por el nombre de tu documento para pasar a ver al médico y en el documento diga que te llamás Sergio, pero ese día vos tengas puesta una blusa llena de flores y unos jeans demasiado ajustados.

Pero que te roben no, eso no es mala suerte. Robar, le roban a cualquiera.

—Voy a necesitar la plata del alquiler —me dijo Aníbal.

—Eh… sí. A ver… ahora te la alcanzo —respondí, distraída, bajando la vista.

—¿Qué vas a hacer vos? ¿Te vas a quedar?

—Por ahora sí, Aníbal.

Estaba todo revuelto: la casa, las cosas, yo.

La Lucy me acercó la cartera y aprovechó para ponerle su mejor cara de culo. Igual, pobre Aníbal. En el frente de la casa le habían pintado “viejo cogetrabas.”

—No quiero quilombos —dijo él, mientras contaba la plata.

Abrí la boca para responder, pero la Lucy me ganó de mano.

—¿Vos me estás cargando?

Aníbal la miró un segundo para hacerle saber que la había escuchado, pero no pensaba responderle.

—¡A nuestra amiga la acaban de matar en esta pieza!

—Aníbal, hablamos en otro momento, por favor —le pedí.

—No quiero quilombos —repitió.

Se dio media vuelta y se alejó arrastrando las chinelas por el pasillo,

metiéndose la plata en el bolsillo del pantalón de gimnasia.

—¡Gordo hijo de la yuta! —puteó la Lucy, llevándome para adentro.

Preparé mates mientras ella me revolvía el ropero. Concluimos en que todas las cosas negras que tenía eran demasiado escandalosas hasta para el tren. Jamás nos dejarían entrar a verla así vestidas.

—¿Sabés qué, Lucy? Dejá nomás, guardá todo. No voy.

—¡Te cago a trompadas!

—Te digo en serio. No voy, no da. Va a estar toda la familia ahí, yo no sé qué onda. Ella me dijo que estaba todo mal con los viejos.

—¿Y qué tiene que ver? Ximena, no podés hacer semejante estupidez.

La Lucy se había puesto seria. Seria de verdad, con las cejas así, como queriendo encontrarse sobre la nariz, y la boca torcida hacia abajo.

—¿Vos sabés lo que me costó averiguar dónde está Galaxia?

Bajé la vista.

Era cierto, la Lucy había removido cielo y tierra contactando a las pibas que podían tener alguna idea remota de qué habían hecho con Galaxia después de que la habían devuelto a su familia.

Ayudame, por favor, le había suplicado yo, llorando, y la Lucy me abrazó y me dijo tranquila, amiga, tranquila. Ella sabía cuánto necesitaba encontrarla para poder despedirme.

Sin embargo, ahora estaba ahí, con los ojos clavados en las piedras de fantasía del escote de ese vestido negro que me quedaba por encima de las rodillas y que había comprado en un sucucho un fin de semana largo de mayo.

Hacía frío y la ciudad estaba vacía y nosotras no podíamos dormir. ¡Entonces vamos a comprar vestidos!, había dicho Galaxia, eufórica.

Sacó plata que tenía escondida abajo del colchón y me invitó a desayunar y después fuimos a pasear por las ferias de Monserrat, que ya sabíamos que estaban abiertas porque ella siempre se hacía amiga de las que atendían.

Yo desfilé el vestido negro y ella me aplaudió. ¡Me caso con esta viuda!, exclamó, haciendo show para la dueña de la tienda, que creo que se llamaba Graciela. O Griselda, ya no importaba. Los detalles iban a empezar a borrarse de a poco.

Conocía de cerca cómo era olvidarse de alguien. A veces tenía que hacer fuerza para recordar el tono de voz de mamá, el sabor de sus mates, los colores que prefería.

Con Galaxia iba a pasarme lo mismo, por eso su ausencia malparida me dolía tanto.

Mi cerebro –que eventualmente se rendiría a la droga que elija para aguantar la calle– algún día me traicionaría a la hora de repasar los pocos souvenirs que

me había llevado de la fiesta que había sido enamorarme de ella.

—Tengo miedo de olvidarme de Galaxia —murmuré.

La Lucy se me arrimó y me apoyó las manos en los hombros sin decir una palabra.

—Voy a ir —decidí, finalmente.

Ahora, la Lucy me tiraba de la manga. Mi mente regresó al tren.

—Bajamos en la próxima —me avisó.

Un sol tibio nos sorprendió atravesando una obra en construcción, vistiendo nuestros trajes de luto. Ramos todavía dormía, casi no había tránsito y nosotras caminábamos por el medio de la calle.

Todo era gris y amarillo y rojo gastado, muy gastado, como la etiqueta de un envase de gaseosa que queda abandonado, flotando en una pileta, bajo muchas siestas de verano.

Las casas se despertaban para ver pasar a las brujas en procesión, llorando la pena de una hermana muerta a manos de la inquisición.

Un nene curioso espiaba desde una ventana. Le dije chau con la mano y se escondió detrás de las cortinas, asomando apenitas el hocico, como un gatito curioso, maravillado por las nubes negras que eran nuestros atavíos, que parecían flotar sobre el cemento.

Las palomas se escapaban volando para darnos paso y se posaban en los cables del alumbrado. Nos miraban desde allá arriba, con los ojos anaranjados fijos en las piedras fantasía de nuestra ropa, donde el sol se multiplicaba y un poco de toda esa luz nos encendía los rostros.

Debajo de nuestras botas, el pavimento quebrado crujía solemne. El silencio nos acompañó el resto del camino, hasta que finalmente la Lucy señaló el lugar: una casa funeraria venida abajo, en cuya vidriera habían pintado a mano “Tornetti Hermanos” junto a una paloma blanca con una rama de olivo en el pico.

¡Ay, mis piernas! y ¡ay, mi estómago! y la mano firme de la Lucy aferrándome el brazo y su voz, como un eco, diciéndome que vamos, Chaco, que entrá, que prestá atención.

El piso de la recepción era de baldosas rojas y opacas y la Lucy le dijo el nombre del documento de Galaxia a alguien y después le dijo que éramos amigas y las luces eran blancas, muy blancas. La Lucy me arrastró del brazo y las baldosas rojas se convirtieron en escalones y los escalones en una alfombra sucia. El silencio tenía olor a podrido.

Las luces se fueron haciendo cada vez más oscuras, como si el mundo entero se estuviera apagando para siempre. Lo único que sentía eran los dedos de la Lucy clavados en mi brazo. A lo lejos, se escuchaba el sonido de un silbato, ¿o

era la pava de agua hirviendo?

—Hacé mate, te voy a contar la historia del Oreja.

La escuché clarito, clarito. Levanté la vista, como buscándola, como si finalmente hubiese conseguido extender aquel momento exacto entre que me despierto y recuerdo lo que ocurrió, como si el Jesús del almanaque hubiese decidido ayudarme después de tantos años.

Pero la persona que estaba ahí no era ella.

—Lucy… nos equivocamos de lugar —le dije.

La Lucy no me respondió. La gente comenzaba a mirarnos raro.

—¡Acá no es! —exclamé.

Volteé para mirarla y la Lucy tenía los ojos brillantes, fijos en el cajón.

—Es acá, Chaco.

—Es acá, Chaco.

—¡Está re cheto!

—Es lindo, ¿no? Le falta pintura, obvio.

—Yo una vez pinté mi casa.

—Ay, ¡qué experta! ¡Vamos a ponerle un programa en Utilísima!

—Andá a cagar, estúpida.

El hombre se metió a la pieza, interrumpiendo el espectáculo de plumas.

—Bueno. Acá está la caja de la electricidad. Ahí es el baño. Ahí es la cocina. Son mil quinientos pesos, del uno al diez. Lo que sí, el agua no sale muy caliente, pero van a venir a mirar el jueves, así que yo cualquier cosa les golpeo la puerta.

—¡Está perfecto! —exclamó Galaxia.

—Acá está la llave. Yo estoy allá adelante, el timbre rojo. No quiero quilombos, eh.

—Ningún quilombo, Aníbal. Vaya tranquilo.

Así como había entrado, con la musculosa de nylon sudada y las medias llenas de agujeros, Aníbal dio media vuelta y se arrastró pasillo arriba.

Yo cerré la puerta y corrí las cortinas.

—Habría que conseguir un televisor —dijo Galaxia, abriendo el bolso para sacar el paquete de yerba.

—Y unas plantas —agregué.

—¡Totalmente! ¿Qué plantas?

—No sé, ¿un potus?

—¡Ay, nena! ¿Qué te pensás que es esto? ¿Una remisería?

Me reí de las boludeces que decía y le pedí que se apurara con esos mates, que la pieza todavía no era casa y en un rato teníamos que salir.

Después de unos minutos de silencio, ella exclamó:

—¡Calas!

—¡No! —exclamé, horrorizada—. Qué lúgubre, qué espanto.

—¿Te parece? A mí me gustan las calas, son finas, no me parecen de velorio. Yo en mi velorio quiero rosas, ¡rosas amarillas, como las que le gustan a Susana!

—Me parecés un espanto, Galaxia, sabelo.

—Ay, qué se yo. ¡Me gustan! —se defendió—. Yo me acuerdo cuando era chiquita y una vez mi abuela y yo nos sentamos juntas a mirar el primer programa de Susana del año. Susana salía hermosa y hacía unas coreografías que después intenté imitar durante semanas. Estaba rodeada de unos chongos divinos

y era tan diosa, tan diosa. Llegaba a su escritorio y la recibían sus secretarios con docenas y docenas de rosas. Rosas amarillas. ¡Yo quería ser ella! Ese día me di cuenta.

Yo hacía silencio, sonriendo, sin dejar de mirarla. Por un momento, sentí que esa Galaxia de pelo cortito y ojitos brillantes, saltando en pantaloncitos cortos por la casa de su abuela, podría haber sido la mejor amiga de un Sergio al que le salían perfectas las coreografías de Chiquititas y le gustaba jugar a los Thundercats.

—Qué se yo —agregó después—. Si las rosas amarillas son muy caras, pueden ser rosas rojas.

Me robó una carcajada que trepó hasta el techo, como iluminando toda la piecita de Congreso que alquilamos juntas, convencidas de que, por algún motivo, el mundo empezaba a ser un lugar más amable para un par de travestis a las que ya les habían sucedido demasiadas cosas tristes.

32

Nunca creí que conocería a Cristóbal Ruiz Díaz. Nuestra forma de encontrarnos con el pasado siempre es demasiado dolorosa.

Esa mañana, por ejemplo, había ido a despedir a mi compañera, pero después de hacer el viaje y llegar al lugar, terminé por descubrir que no era ella la que estaba en el cajón, rodeada de jarrones llenos de calas.

Alguien había decidido que lo mejor era quitarle todo el maquillaje. Y con el maquillaje se fueron el esmalte en las uñas, los zapatos de taco alto y el vestido dorado con mucho escote que hubiese usado el día de su funeral.

Yo sé que ella se hubiese puesto el vestido dorado, la conozco como si la hubiera parido.

En la sala, la gente nos miraba de reojo. Murmuraban tan fuerte, que por un momento creí que nos habíamos vuelto invisibles, pero entonces un tipo que habrá tenido mi edad o un poco más se nos acercó y me apoyó una mano en el hombro.

—Miren, no lo tomen a mal, por favor, pero acá estamos solamente los familia…

—¿A quién están velando? —lo interrumpí, y sé perfectamente que todos los que estaban ahí me escucharon. Algunos se animaron a voltear. Una señora dijo ¡qué maleducada, qué irrespetuosa!, y la piba que tenía al lado le avisó que la Lucy y yo éramos travestis. Yo la escuché. Son travestis, abuela, dijo.

La gente siempre necesita avisar que se dio cuenta de que una nació con pito, como si nuestra identidad fuera un juego de mesa de esos a los que juegan las familias cuando llueve torrencialmente y es martes y los chicos faltaron a la escuela y no pueden salir al patio ni recibir visitas y mamá y papá tienen la obligación imperiosa de entretenerlos.

Nadie respondió de inmediato, pero al rato, una de las viejas del fondo se arrimó y se me plantó adelante. Sentí los dedos de la Lucy apretándome el brazo.

—Cristóbal Ruiz Díaz —dijo la mujer.

—¿Está segura?

—¡Ximena! —dijo la Lucy.

—¿Está segura, señora? —insistí.

No sé qué cara habré tenido yo, pero la vieja y el tipo cruzaron la mirada, interrogándose mutuamente sobre cómo proceder para que el velorio no terminara en escándalo.

—Mire, señorita. Estamos despidiendo a mi sobrino, le pido por favor que tenga un poco de respeto por…

—¿Por qué me trata de señorita, señora? Si usted sabe que soy varón —le dije —. ¿Por respeto? ¿O para que no haga quilombo? Porque si es por respeto, no le creo. Si me respetara por lo que soy, usted también pensaría que a mi compañera la tienen que velar con el nombre que ella eligió. Con la ropa que ella eligió. ¡Con las flores que ella quería, por favor! Ustedes no saben nada. Ustedes no están velando a Cristóbal Ruiz Díaz, ¡están velando a Galaxia disfrazada de macho!

—Ximena, vamos…

—Sí, por favor —agregó el muchacho.

La tía no dejaba de mirarme. Yo le vi los ojos y también le vi las lágrimas.

—Andá, por favor —me pidió, con la voz quebrada—. El nombre ya no importa.

—El nombre sí importa, señora. La gente ya dejó de desaparecer hace rato.

La Lucy me arrastró, yo tenía las piernas dormidas, como si estuviese enterrada en arena hasta la cintura. Mi corazón latía agitado, un tambor que se replicaba en las venas de mi cuello.

Mis oídos se apagaron.

La alfombra se convirtió en escalones que se convirtieron en baldosas rojas y las baldosas luego fueron el cemento quebrado y pálido de la vereda.

—¿Vos sabés por qué te saqué de ahí? —me dijo la Lucy.

Me tuvo que preguntar dos veces, yo seguía ausente.

—Chaco, ¿vos sabés por qué te saqué de ahí?

—Yo no quería verla así.

—Yo tampoco. Esa no era Galaxia, pero nosotras no podíamos hacer nada…

—Ya sé que no podíamos hacer nada, pero…

—Pero vos hiciste, Chaco. Vos no te quedase callada. Esa mujer te escuchó y se dio cuenta de que todos estos años le había tenido miedo a un monstruo imaginario. Vos le mostraste que lo que le hicieron a Galaxia estaba mal. Capaz que esta semilla no le dé mandarinas a la casa de al lado, pero no por eso va a ser menos árbol. Me siento esa mariquita del aula que me aplaudió el día que dejé la facultad. Te quiero aplaudir, Chaco. A lo mejor Galaxia no estaba ahí, pero ahora está acá —me dijo, y me apoyó la mano abierta en el pecho—. Eso que pasó ahí adentro son las flores del árbol que Galaxia plantó en vos el día que se conocieron.

La abracé con todas mis fuerzas.

—Gracias, amiga, ¡gracias!

El mar de lágrimas coronó de sal los hombros de la Lucy y me nubló la vista. Apreté los párpados para dejar salir todo el llanto y cuando volví a mirar, alancé a ver a Galaxia doblando la esquina, montada en sus tacos altos.

Giró la cabeza un segundo y me sonrió con esa ternura de dientes torcidos; como madre, como amiga, como compañera.

Qué linda que estás, pensé. Yo también le sonreí y me pregunté si allá, donde iba, el Oreja la estaría esperando. Los monstruos imaginarios también creemos en algún paraíso.

Un remolino le llenó los bucles de flores. Desapareció con todo el sol de Ramos Mejía estallándole sobre el vestido dorado.

33

Una vez vi en televisión un documental sobre un pájaro cardenal que tiene la mitad del cuerpo rojo y la otra mitad negra porque es hermafrodita y, en consecuencia, híbrido. Los cardenales de su especie son solamente rojos o negros, pero este desdichado era macho y hembra al mismo tiempo (y se le notaba mucho).

El resto de los cardenales no se le acercaban. Las hembras lo abandonaban y los machos querían lastimarlo. Estaba condenado a pasar el resto de su vida solo. O mejor dicho, en soledad.

El subte cruzó de frente con otro tren y vi mi propia imagen reflejada en el cristal de los vagones iluminados del otro andén, que volvían para Flores a toda velocidad.

Tenía el cabello lleno de plumas. La mitad eran rojas y la otra mitad negras. Y mis ojos… ¡ay, mis ojos! Eran, sin duda, los ojos de aquel cardenal solitario.

Miré a mi alrededor y el vagón estaba lleno de cardenales.

Algunos conversaban entre ellos, otros hojeaban el diario, distraídos. Un cardenal negro, de saco y corbata, completaba crucigramas en el asiento del fondo, con los anteojos casi cayéndoseles del pico. Otro, rojo y viejito, que viajaba aferrado al ala de uno mucho más joven, iba con los ojos fijos en el vacío oscuro detrás del cristal de su lado del vagón.

El bocinazo de los motoristas saludándose retumbó en todo el túnel y me sorprendió contemplando ese mismo vacío, donde también aparecía mi reflejo. Todas las plumas de mi pelo se cayeron como lluvia.

El tren se detuvo y cuando las puertas se abrieron, los cardenales se escaparon volando, sosteniendo sus libros y sus maletines.

Yo me bajé después de un par de estaciones, en Piedras, donde había quedado con Hiedra.

Salí de la boca del subte y la calle era una fiesta de bichos de todos colores, un griterío de maricas agarradas del brazo, yendo y viniendo contentas por Avenida de Mayo.

Travas, putos, chongas, maricas y marimachos, drags, camioneros, tragasables y tortas hippies, putos militantes, performers y transformistas, intelectuales, futbolistas y botineros, héteros flexibles, nueces de Adán sudadas, poetas de barba y vestido, osos y cazadores, bisexuales, pansexuales, asexuados, amos y esclavos, mamis y papis, damos y caballeras. Estábamos todos y todos estábamos contentos.

—La calle es nuestra, al menos por una tarde —me había dicho Hiedra—.

Una tarde sin la gorra que nos faja, una tarde de poder tomarnos una birra y cruzar 9 de Julio cantando y bailando. Es una suerte de ritual para festejar que seguimos vivas… y para denunciar a los que nos matan.

Acepté la invitación. Después de la escena de la comisaría seguía asustada, pero el miedo de a poco fue convirtiéndose en rabia, una rabia gorda, de bigotes como morsa, con un cigarrillo colgándole de un par de labios que parecen carne picada.

Una mañana, la bronca se despertó, se paró –desnuda y fumando– frente al espejo y se pasó horas y horas intentando salir de la casa.

Yo la veía mirar por la ventana de mis ojos, golpear las persianas de rieles rotos que eran mis pupilas, correr por mis pasillos de carne hasta llegar a mis manos y sacudírmelas. Quería salir por cualquier lado y demoler la pieza.

Finalmente encontró el corredor, como entrada de madriguera, que conecta mi estómago con mis dientes. La bronca trepó por mi garganta y salió disparada hasta el techo, convertida en un trueno. Me llovió el mate, el acolchado, la bombacha, las manos y los dedos que refregué contra los ojos hinchados.

No dejes que te maten, por favor, repetía la voz de Galaxia, atrapada en mi cabeza, mientras por los ojos me entraban al mismo tiempo miles de fotos de maricas valientes y felices que ahora caminaban al lado mío.

Me acordé de las noches de carnaval en Corrientes, de la Lucy, todavía pendejita, y la cara que tenía la primera vez que se puso el mismo traje que las otras chicas. Esto no se siente como un disfraz, me había dicho, toda maquillada. Nos abrazamos fuerte antes de salir a bailar, revoleando la carne como dorado que mordió el anzuelo, como si no hubiera mañana, como si ya no existieran las iglesias. Nada de aquello podía estar mal si nos hacía tan felices. Si hubiésemos tenido plumas como esos cardenales, hubiéramos volado hasta alcanzar esa parte del cielo desde la que el litoral se ve brillante y diminuto.

Hiedra me esperaba en la esquina de la farmacia, como habíamos arreglado. La vi de lejos. Ysis estaba con ella y tenía colgado un cartel enorme que decía: “Ninguna trava nace puta”. Me dolió un poquito la panza cuando lo leí.

—¡Viniste, Chaco!

—Te dije que iba a venir —respondí, plantándole un beso en cada cachete.

—Mirá quiénes están allá —me dijo Hiedra, señalando con el dedo a la Lucy y a Carina, que compartían una lata de birra y se cagaban de risa en la esquina de enfrente.

—¡Hey, chicas! ¡Carina! —gritó Hiedra con pulmones de cancha y no alcancé a taparme los oídos. Me dejó sorda, el puto.

Marchamos y nos reímos toda la tarde. Tomamos la cerveza que íbamos comprando en los supermercados de las callecitas que cortan la avenida y

bailamos con la música de los camiones, que tenían los acoplados cargados de maricas y altoparlantes.

Los mismos que querían prohibirnos la calle por lo que éramos, ahora nos veían pasar, como sorprendidos, incapaces de entender que inevitablemente lo que hicieron de nosotros algún día estallaría, incontenible, como una estampida de todos colores persiguiendo el sol que se alejaba por Avenida de Mayo.

Las princesas que criaron se arrancaban los vestidos frente al Cabildo, ¡qué sabía nuestra revolución de esos cuentos de hadas con finales felices, caballeros valientes y doncellas sumisas!

La tarde se fue muriendo despacito, pero nosotras seguimos de largo.

Nuestra euforia era la del soldado que repentinamente se descubre acompañado en la trinchera y ha podido reencontrarse con ese coraje que tenía escondido en algún lugar del cuerpo exhausto.

Nos abrazamos por la memoria de las pibas que ya no estaban, pero que iban a estar para siempre. Nos abrazamos para esperar a las putas que seguían llegando, sobre sus tacos, escapándose de sus propios Castros.

Chocamos los vasitos plásticos y festejamos nuestros cuerpos, que siempre fueron nuestros y que serían nuestros para siempre, así, como nosotras queríamos, con tetas y con barba, con pito y con vestido.

Las hojas que vestían mis ramas jamás volverían a ser motivo para sentirme avergonzada. Yo ya no necesitaba cerrar los ojos para imaginar que estaba con mis amigas en una confitería caté, escondiendo mi nuez de Adán. La felicidad era real y estaba ahí, en esa calle indisciplinada, en esas semillitas de carne y sangre que eran los pibes en los hombros de sus padres, que estaban aprendiendo a amar con los ojos cerrados y el corazón abierto de par en par.

Esa noche también brindé por Galaxia, por sus ojos, multiplicados en el infinito del cielo; por ese deseo de sobrevivir que me había regalado, por cada gusano que se convierte en crisálida para que los golpes duelan menos, sabiendo que sus alas serán mucho más fuertes cuando le toque ser mariposa.

Table of Contents

Créditos editoriales
Prólogo
Gusano
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17

Crisálida
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

Mariposa
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

31
32
33